

HISTORIAS DEL CAMINO

Ficciones y verdades en torno al Camino de Santiago

ROSA BELMONTE
RAMÓN DEL CASTILLO
LUIS MATEO DÍEZ
PEDRO FEIJOO
ANDER IZAGIRRE
MANUEL JABOIS
JOSÉ MARÍA MERINO
OLGA MERINO

SUSANA PEDREIRA
NOEMÍ SABUGAL
KARINA SAINZ BORG
CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE
ANA IRIS SIMÓN
ANDRÉS TRAPIELLO
ISABEL VÁZQUEZ
SERGIO DEL MOLINO (EDIT.)

zenda
Autores, libros y compañía


IBERDROLA



Historias del Camino



Ficciones y verdades en torno al Camino de Santiago

Relatos

Rosa Belmonte
Ramón del Castillo
Luis Mateo Díez
Pedro Feijoo
Ander Izagirre
Manuel Jabois
José María Merino
Olga Merino
Susana Pedreira
Noemí Sabugal
Karina Sainz Borgo
Cristina Sánchez-Andrade
Ana Iris Simón
Andrés Trapiello
Isabel Vázquez
Sergio del Molino (Edit.)

Director editorial

Arturo Pérez-Reverte

Editor

Sergio del Molino

Coordinación

Leandro Pérez y Miguel Munárriz

Textos

© de la edición: Zenda

© de los textos: sus autores

Ilustración de cubierta

© Ana Bustelo

Diseño y maquetación

trestristestigres.com

Primera edición

mayo de 2022

Depósito legal

A 195-2022

Edita

Zenda - Ruritania Editores S.L.

Impreso en España

[Gráficas Cervantes, C.B.](#)

El papel con el que se ha impreso este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Índice

- 8 Prólogo: *Modos de escribir, modos de caminar*, Sergio del Molino (Edit.)
- 13 *Crucifixión o libertad*, Rosa Belmonte
- 19 *Campo de lúmenes*, Ramón del Castillo
- 33 *Una bibliografía peregrina*, Luis Mateo Díez
- 45 *Con el tiempo habrá otro*, Pedro Feijoo
- 59 *El cementerio de los escritores pesados*, Ander Izagirre
- 74 *Esa noche*, Manuel Jabois
- 80 *La verdad sobre El Peregrino*, José María Merino
- 96 *El rastro de la Beltrana*, Olga Merino
- 104 *Vivir en el Camino*, Susana Pedreira
- 114 *Eremitas en los tiempos del Metaverso*, Noemí Sabugal
- 125 *Todas las voces conducen a Santiago*, Karina Sainz Borgo
- 133 *El vuelo de la polilla*, Cristina Sánchez-Andrade
- 149 *En el tablao del cielo*, Ana Iris Simón
- 156 *Peregrinos*, Andrés Trapiello
- 169 *La manceba*, Isabel Vázquez

Prólogo



Modos de escribir, modos de caminar

Sergio del Molino

En algún sitio tengo escrito que escribir y caminar son la misma cosa, métodos para que el pensamiento divague. Parecen actividades incompatibles —aunque a algún *flâneur* he visto tomando notas en un carnet con tapas de cuero mientras coloca un pie tras el otro, como un ciego sin lazarillo—, pero si se reducen a la mecánica de encastrar palabras y frases, se vuelven idénticas. Si el paseo urbano es poesía; la excursión, relato, y la travesía, novela, el Camino de Santiago es el equivalente a la novela río, la Gran Novela Jacobea, el Tolstoi del senderista.

El Camino y las grandes novelas no se parecen sólo en su longitud ni en su división por capítulos, sino en que cada escritor o cada caminante se enfrenta al abordarlas con el más terrible de los escenarios: la libertad. Puede plegarse al canon y a la liturgia y cumplir al pie de la letra todos los mandamientos que se le exigen o puede interpretar la experiencia a su manera. Hay peregrinos religiosos y peregrinos ateos. Hay quien lleva promesas

y quien sólo quiere estar en forma. Hay quien se siente turista y quien se siente místico. Hay quien duerme en albergues y quien prefiere un hotel bueno y entregarse a la gula en algunos restaurantes. Hay quien sólo quiere llegar y quien sólo quiere desviarse. Lo mismo sucede con los novelistas: hay quien escribe con método y quien lo hace a ciegas; quien quiere llegar al final de la trama y quien se pierde en los afluentes del estilo; quien quiere cambiar el mundo y quien sólo quiere adornarlo. Hay, incluso, quien escribe contra todas las novelas, inventándose en la negación otra forma de novelar. No hay una forma correcta de caminar hacia Santiago, como no la hay de escribir novelas. Cada cual encuentra su forma de llegar y de curarse las ampollas y los esguinces.

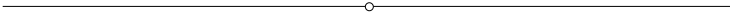
Al combinar Camino y literatura (dejémonos ya de novelas), los modos de escribir y de pasear se vuelven infinitos. Sin intención de agotarlos, he intentado resumir en esta antología una muestra amplia de ellos, gracias a la colaboración de algunos de los mejores escritores españoles de hoy, alternando voces veteranas con jóvenes, y ortodoxos con herejes. Les invité a hacer suyo el Camino y el hecho de caminar, sin miedo a que se perdieran por otros caminos y no llegasen nunca a Santiago. Algunos escribieron cuentos jacobeos impecables, ficciones ambientadas en el Camino. Otros tiraron de autobiografías

o de historias secretas desenterradas a la vera del camino, y alguno nos salió cronista y literato de viajes. No han faltado los eruditos que han preferido contar los caminos que hicieron otros escritores muertos a quienes ya no puedo invitar a escribir, e incluso un filósofo se ha acordado de un caminante japonés, a saber por qué. A ninguno he pedido explicaciones. Cada cual ha llevado el camino a su manera, en vez de caminar sobre él siguiendo las señales, y ofrecen una guía atípica para que el lector eche a andar siguiendo sus propios instintos.

No sé si llegaremos a Santiago, ni si lo haremos todos juntos: el viaje que les propongo no tiene destino o lo tiene como horizonte. Allá está la catedral, allá la plaza del Obradoiro. Tal vez los veamos al final del libro, pero lo importante es que nos reconozcamos entre nosotros un instante al cruzarnos, como buenos peregrinos.

Abril de 2022

Relatos



De **Rosa Belmonte** me gusta todo, por eso le insistí para que representara, en este muestrario de peregrinos entusiastas, a quienes no se atreven o no quieren llenarse los pies de ampollas y prefieren que les cuenten las historias. En «Crucifixión o libertad» nos regala el texto en negativo que necesita este libro de estampas.

Crucifixión o libertad

Rosa Belmonte

A principios de los años 2000, en *ABC* me propusieron hacer el Camino y luego escribir sobre mi experiencia. Pues como si me hubieran querido mandar a la guerra a que me violaran (no tengo ninguna afición por ese periodismo; por ninguno, en realidad). Me horrorizó tanto la propuesta como cuando, mucho después, Emilia Landaluze me dijo que para la sección “Probando voy” que hacíamos en el periódico me apuntara una *app* de citas. Sí, hombre. Entre las cosas que nunca he querido hacer están el Camino de Santiago, el Rocío (adonde Emilia también me ha querido mandar) o buscar novio, ligue o lo que sea. Con aplicación o no. A mano o a máquina. Quedar con un desconocido, vamos anda. Claro que también me horroriza ir a ver a Alejandro Sanz y lo he hecho varias veces. Tampoco se puede decir que no a todo en el trabajo, sobre todo si el tipo va a cantar a cuatro calles de la tuya. No voy a decir que fuera una experiencia religiosa (también he tenido que ir a ver a Enrique Iglesias), pero el hecho de

no entender una palabra de lo que Alejandro Sanz cantaba me hacía sentirme en algún tipo de ceremonia extraña. Contemplando y escuchando a alguien que balbuceaba un idioma de los que Linda Blair practica en *El exorcista*.

Del Rocío veo fotos de una majestuosa Carmina Ordóñez vestida de rojo y lo que pienso es que para ir hecha un adefesio no voy. Es lo bueno del Camino, que puedes ir desaliñada. Vale que Karl Lagerfeld decía que el desaliño y la mediana edad son incompatibles, pero tampoco estaba el hombre pensando en el Camino.

Por suerte, en *ABC* me propusieron para aquel verano el Camino y otra cosa. Crucifixión o libertad, como en *La vida de Brian*. Ni siquiera me acuerdo de qué era esa otra cosa que sí haría. En todo caso sería escribir sin ir a sitio alguno. Lo que a mí me gusta. El ideal es siempre escribir algo como *Viaje alrededor de mi habitación*, de Xavier de Maistre. Porque soy muy partidaria de Pascal en lo de que «todas las desgracias del hombre se derivan de no ser capaz de estar tranquilamente sentado y solo en una habitación». Pero de rechazar el Camino me acuerdo. Luego lo hizo una escritora de cuyo nombre no me acuerdo. De vez en cuando algún amigo sale con la idea de hacer el Camino. Andando, en bicicleta. Organizando dormir en buenos alojamientos. No yendo a albergues, que qué necesidad (hace tiempo que no salgo de mi casa si no es para estar

como mínimo igual de cómoda). La última proposición ha sido hacerlo a caballo. Con todo lujo. Pero no se trata de la vulgaridad del lujo frente a las penurias. Se trata de que a mí el Señor no me ha llamado por la cosa, ya no digo religiosa, sino espiritual, como a, no sé, la muy mística Shirley MacLaine. Tampoco me ha hecho pelirroja.

Pero soy culturalmente católica, eso no me lo quita nadie ni quiero que me lo quite, y claro que he acompañado muchísimas veces a la Virgen de la Fuensanta en romerías a su santuario. O me he echado a la calle a verla pasar. El 11 de septiembre de 2001 volvía la patrona al monte y yo, harta ya de escribir lo mismo todos los días en la feria taurina de Murcia, le pedí, entre pétalos de rosa que le caían de los balcones y gritos de «¡Viva la Virgen de la Fuensanta!», «¡Viva nuestra capitana!» (este es el que siempre me ha gustado más, y cuando veo *Ley y Orden: Unidad de Víctimas Especiales* también se lo grito a Olivia Benson), le pedí, digo, que pasara algo, algo nuevo, que ya no sabía de qué escribir. Por supuesto, esa tarde hubo corrida, pero no se hablaba de otra cosa. Antes, durante las faenas y mientras se merendaba.

Pero si Conchita, la del *Deluxe*, me sometiera a su polígrafo y me preguntara si he hecho alguna vez el Camino de Santiago, no sé qué saldría. Lo mismo después de decir yo que no muy campanuda, ella haría una pausa y

clamaría: «¡Miente!». Porque alguna etapa he hecho, pero eso no se puede homologar en ninguna facción del caminismo. En un cajón tengo una gorra de Panama Jack con un sello de Roncesvalles. Porque algún tramo he hecho con la Ruta Quetzal, con Miguel de la Quadra. Más de uno. O he llegado a Santiago en una última etapa o he hecho otras. Y sí, recuerdo haber estado en Saint-Jean-Pied-de-Port. Esto fue en 2006. Recuerdo la Mesa de los Tres Reyes y el alto de Ibañeta. Y haber estado en la colegiata de Roncesvalles, donde me estamparon, como a todos los chicos de la Ruta, el sello de peregrina del Camino de Santiago que sigue en mi gorra. Y haber ido después a las cuevas de Zugarramurdi y comer *zikiro* (cordero pastenco). De eso es de lo que más me acuerdo. Del asado y del sitio. Qué sitio.

Que lo mismo un día hago el Camino, me caigo del caballo, aunque vaya andando. Pero soy bastante escéptica (y muy gandula). He visto un libro titulado *El camino de Santiago para mayores de 75 años*, de Santiago Oropesa. Cualquiera sabe. Esto es como Terelu Campos con una menopausia precoz diciendo que qué demonios, si yo estoy buena, y aceptando hacerse un *Interviú*. De aquella manera, claro, pero un *Interviú*. Y esta no es ninguna certeza sino mi hipótesis de por qué hizo ese recordado posado. Lo mismo cuando tenga 75 años, si los llego a te-

ner y sigo en forma, decida que estoy muy bien y que voy a hacer el Camino. A la vejez. A lo mejor entonces ya no existen los periódicos. De momento, es algo que siempre voy a posponer. Es una idea tan estimulante como la del suicidio. Quiero decir, una cosa que siempre puedes dejar para mañana.

El filósofo **Ramón del Castillo** es uno de los mayores expertos en el arte de caminar, tanto en la teoría (le ha dedicado un libro monumental, *Filósofos de paseo*), como en la práctica. Va por el Camino de Santiago como por su calle, aunque toma muchas precauciones y se viste de árbol de Navidad para que no le pase lo que les ha pasado a tantos peregrinos: que un coche se los lleva por delante.

Campo de lúmenes

Ramón del Castillo

Siempre se reían de mí, pero prefería parecerme a un árbol de Navidad que pasar desapercibido. Un coche se los había llevado por delante en una carretera. Salieron volando. Los encontraron en una cuneta. El conductor se dio a la fuga, y no recuerdo si lo detuvieron. Compraba muchas luces intermitentes para bicicletas y las colgaba de las mochilas, y también ceñía bandas reflectantes a los bajos de los pantalones. Al caer la tarde encendía todo, porque me daba miedo de que saliera un coche lanzado por una curva, o que una furgoneta a toda hostia nos arrojara en un cruce. A veces el camino transcurre paralelo a carreteras llenas de camiones, pero a mí me daba más miedo el tráfico rural inesperado que los polígonos industriales y las afueras de las ciudades. Luego leí los datos y no me extrañaron. La segunda causa de muerte entre peregrinos es el infarto, pero la primera es el accidente de tráfico. También caen viajeros en bicicleta. Cuando en algunas rutas hubo conflictos entre bicicletas y peregrinos

traté de mediar entre ellos, recordando a los viandantes las muertes de ciclistas, pero se enzarzaban y acababan mal, y entonces los dejaba allí, dándose voces, y me buscaba un desvío a un prado y acababa de espaldas al mundo, mirando fijamente una tapia como hacen los asnos.

En 2019 —me dijeron— hubo cerca de 330.000 caminantes y más de 19.550 bicicletas. En los años noventa solo había 3 mujeres por cada 10 hombres. Desde 2018 más del 50% son mujeres. En 2019, si no me han informado mal, caminaron cerca de 178.000 mujeres, frente a 170.00 hombres. El camino (sobre todo el Camino Francés) se ha convertido en un túnel de masas itinerantes. En 1982 lo transitaban unos 120 peregrinos. En 1990 casi llegaban a 5.000. En 1997 pasaban de 25.000 y en 2000 ya alcanzaban los 50.000. En 2010 rondaban los 270.00 pero en 2019 sumaron 350.000. Pero a mí me preocupaban los coches, que hay muchos, de verdad. Y la gente se va a Sarria, lo quieren hacer en pocos días, y van a su aire y no ven venir los coches. «¿Y los corredores?» —pregunté—. «Pues no tengo datos. Pero dicen que algunos se lo hacen en una semana, y se marcan más de 100 kilómetros al día».

«Esto no es un grupo de supervivencia, sino una pequeña hermandad» —me dijo una vez uno, al verme vigilar a un peregrino despistado que se iba a caer por un

terraplén—. «Muy bien», le contesté, «cuando haya que llamar a la ambulancia a mí no me jodas, acude a la hermandad». Yo sabía lo que me hacía. También llevaba un buen botiquín, pequeño, pero bueno, con apósitos que se aplican en spray, y mucha cinta auto-cohesiva, que me había dado resultados excelentes en todo tipo de situaciones, con perros y personas. Se reían, pero cuando les faltaba algo bien que acudían a mi mochila, que era como el bolso de Mary Poppins, aunque yo no podía abrir un paraguas, salir volando y perderlos de vista, o mandarlos a paseo. Ellos llevaban mochilas ligeras, claro, para romper ataduras con este mundo y alcanzar su experiencia espiritual. Yo, en cambio, era como una unidad de intendencia, y les recordaba que para encontrarse a sí mismos debían llegar vivos al Pórtico de la Gloria. Un cronista del Camino, Héctor Oliva, decía que adivinaba las nacionalidades de la gente según la marca de la mochila (Ferrino, Italia, Osprey, USA, Osprey con hoja de arce, Canadá, Quechua, Francia y España). Yo distingo personalidades, por el tamaño de la mochila. Pero hay gente muy normal, claro, que lleva mochila pequeña no por imprudente, sino porque nació con una flor en el culo, caminantes que se sienten seguros con poca cosa, y nunca les pasa nada, aunque habría que saber si ya caminaban así de tranquilos antes de que existiera Internet y llevaran en el bolsillo un iPhone.

El japonés, que se había casado por lo católico (lo hacen algunos, aunque nacen sintoístas y mueren budistas) me pide que le explique qué son las indulgencias y cómo funcionan y acabo liándola, claro, porque le digo que es como quitarte días en el Purgatorio, que no vale con confesarte, que hay que pagar para poner el contador de pecados a cero. Pero como no me acuerdo bien, confundo un poco al japonés con una conversación de teología sobre la diferencia entre el Limbo y el Purgatorio y, como veo que no me explico, le doy una lista de cuadros como el *Descenso al Limbo de Cristo* de Mantegna, o el de Bartolomé Bermejo, o ese de un seguidor del Bosco que es terrible. Pero le tranquilizo recordándole que Juan Pablo II y Benedicto XVI dicen que el Purgatorio no es un sitio real, sino un estado del alma, y que ningún dogma católico estipula de manera clara cómo se purga exactamente lo que haya que purgar. (Le anuncio, eso sí, que en el Pórtico de la Gloria comprobará que los gallegos no dejan de comer empanada ni en el Infierno). Antiguamente te quitaban, creo, un tercio de la pena si llegabas a Santiago, pero, como no me acuerdo bien, le sugiero que lo más efectivo siempre es la indulgencia plenaria por vía express: morir-se haciendo el camino. No sé si pilla la broma, así que me pongo serio y le cuento que gracias al Camino también se les conmuta la pena a menores de reformatorios del Norte

de Europa si se hacen casi 2.000 kilómetros desde Bélgica hasta Santiago. También le señalo que cada vez hay más peregrinos en sillas de ruedas (creo que ahora llegan a 100 al año), que cada vez son más lanzados, y le parece fantástico, y dice que va a llamar a un amigo periodista de Tokio para que haga un reportaje con uno de ellos.

Bueno, pues eso: con el japonés me entendía y fue el único que me acompañó una mañana entera en Jaca en el Museo Diocesano, donde le expliqué el capitel de David y los músicos con mucho gusto, que es uno de los capiteles que mejor explico. (También quería llevarle a Santa Cecilia, en Aguilar de Campoo, porque allí hay otro capitel, el de Herodes y la matanza de los inocentes, que me sé muy bien porque pasé una mañana en la iglesia mirándolo, gracias al cura que me dio las llaves, que era muy majo y estudiaba psicología en Palencia con la UNED. A mí los capiteles se me dan bien, y al japonés le encantaba escucharme. En Jaca el japonés y servidor estábamos decididos a ensanchar nuestro conocimiento, mientras los demás ensanchaban sus estómagos con dulces en esas pastelerías de Jaca, que son un vicio. Pero luego les daba el bajón de azúcar, mientras el japonés y yo apretábamos el paso por la carretera. Yo comía muy poco para no tener que ir al baño, pero el japonés tragaba mucho y nunca le daba un apretón.

A veces el grupo conseguía colocarme a otros extranjeros que no paraban de hacer preguntas. «Cada día hay más guiris», me dijo otro informante, «desde 2013 empezaron a venir más, y pronto serán el 60%». Por lo visto, a día de hoy ya circulan cerca de 1.500 japoneses, aunque les superan los polacos, que pueden pasar de 5.000. Cuando algún extranjero se enteraba de que era filósofo el día se volvía insoportable. Te miraban como si fueras experto en el sentido de la vida, o un *coach* existencial. La conversación solía decepcionarlos y acabé mandándoles a tomar viento, y que leyesen el libro de Paulo Coelho sobre el Camino de Santiago. No soporto a los que se declaran no religiosos pero espirituales «a su manera», porque siempre lo son «de la misma manera». Suelen ser unos incultos de mucho cuidado, que no han leído nada sobre historia de la religión, ni historia del arte, ni historia de nada. Y también los hay veganos: entonces les pregunto si están siguiendo la ruta de los restos de Prisciliano desde Tréveris a Iria Flavia, haciendo paradas en los clubs de sus nuevos seguidores, rezando en pelotas y follando como locos después de las misas. Pero no tienen ni idea de quién era Prisciliano. Yo creo que lo confunden con un cantante, o con una marca de bolsos. La mayoría de los veganos eran protestantes, así que no perdía la ocasión de recordarles que Erasmo estaba en contra de las peregrinaciones, y que

en el siglo XVI la gente era así. Que nada de trotar por el mundo, que lo importante era el tránsito espiritual, de estación a estación de Cristo, como decía Erasmo. Si tanta fe decían tener, pues que caminasen en círculo dentro de una habitación, haciendo los pasos equivalentes hasta Roma, y luego a rezar. También les recordé que, según una leyenda de la Inquisición, muchos protestantes se hacían pasar por devotos peregrinos para sembrar las semillas del protestantismo. El japonés me miraba fijamente, pero ya sabía (se lo había contado en Kioto) que a mí me habían bautizado, sí, que era católico involuntariamente, pero ahora descubría que, además, había pasado bastante tiempo con protestantes y sabía de sus campañas y de sus conspiraciones. Que cuando pasaba tiempo con ellos en mis viajes, me acababa hartando de tanto rigor ético, y echaba de menos a algunos colegas católicos amantes de rituales y ceremonias, aunque acababa siempre durmiendo en casa de algún amigo judío (que suelen ser los que cuentan los chistes más obscenos y divertidos contra las religiones, incluyendo, claro, el judaísmo).

Pero el japonés se notaba cada vez mejor. Hablaba poco y empecé a imaginarme su cara el día que tuviera su compostela, que le hacía mucha más ilusión que a ninguno. Ya había hecho el camino de Kumano, la peregrinación a santuarios sintoístas, y quería obtener el do-

ble certificado, porque desde 1998 —ya sabéis— los dos caminos, que surgieron en el siglo X, están hermanados y son los únicos de la Tierra que la Unesco ha declarado patrimonio de la humanidad. Además, con el japonés podía hablar de cosas raras, como que muchos nazis se escondieron en Galicia, que lo mismo Hitler se ocultó en Cebreiro y un submarino se lo llevó de Vigo a Argentina, y le contaba mi visita al Monasterio de Samos cuando era joven, y que nunca sabremos nada porque la Biblioteca de Samos ardió en 1951. También le contaba lo del robo en 2011 del *Codex Calixtinus*. Se me iba la olla, se me venía a la cabeza Umberto Eco y *El nombre de la rosa* y le soltaba latinajos, y le decía que el *Liber Peregrinationis* era una parte del *Liber Sancti Jacobi*, la *Picaud* de 1140, la guía turística de entonces, una mezcla de crónica de viajes y consejos para trotamundos, pero que había muchas más guías hechas por otros peregrinos más parecidas a las del *Lonely Planet*. Y entonces, poco a poco, le contaba la historia del robo de Fernández Castiñeiras, y el revuelo que se armó y cómo el inspector Tenorio llegó a la Catedral y, aunque sospechaba del organista, que tenía negocios con marchantes de arte, dio con el señor electricista, que había limpiado regularmente el cepillo de la catedral durante doce años, antes de ocultar el Códice en su escondite de Milladoiro, donde, cosas de la vida, guardaba otros

ocho facsímiles del Codex y algo de dinero suelto, nada, unos dos millones de euros. Entonces le digo al japonés que lo mejor sería echarle un veneno al Codex y así quien lo manipule se muere cuando se lleve un dedo a la boca. Pero no pilla la broma y le digo que vea una película donde James Bond hace de monje investigador en una abadía. El japonés, todo sea dicho, no era muy aficionado a la novela de detectives, ni a la novela de crímenes, pero me ocupé de informarle de que los tiempos habían cambiado, que en la Edad Media el Camino era peligroso, que se saqueaba fácilmente, y que cuidado con los posaderos. En la Francia del XI hubo un albergue cerca del bosque de Chantenay regentado por un señor que mataba y robaba a sus clientes mientras dormían. Encontraron a 88 enterrados allí mismo (según cuenta David Le Breton en *Caminar la vida. La interminable geografía del caminante*). El japonés sabe que mataron a una peregrina de Estados Unidos en 2015, pero no hace preguntas, y me alegro, porque no conozco los detalles del caso.

En Frómista, en San Martín, el japonés también fue el único que tuvo paciencia conmigo, porque me entretuve demasiado mirando los canecillos, sobre todo el del burrito sonriente tocando la lira, y no me quedé tranquilo hasta hacer unas llamadas y saber que era una representación habitual del Rey Midas. El japonés también me aguan-

tó frente a la maqueta, hablando sobre el estado ruinoso en que estaba la iglesia cuando se metieron a restaurarla entre 1896 y 1904. Le dije que me gustaba más el románico y menos el gótico, porque es más divertido y menos estirado, que el racionalismo burgués me cansa. También le impresionó una pequeña digresión sobre el Canal de Castilla, aunque es una obra de ingeniería del XVII y la Ilustración española no es un tema apasionante entre peregrinos, que siempre prefieren transportarse a épocas anteriores, o incluso revivir previas reencarnaciones, como Shirley MacLaine, que se hizo el camino y hasta un libro sobre su viaje. En cuanto te desvías hacia otros temas la jodes, pero le entretuve con las mulas que arrastraban barcasas con sigras, aunque no era capaz de explicarme bien en inglés, porque me faltaba vocabulario, o no me faltaba, pero no lo encontraba, porque estaba incómodo con una rozadura de la ropa interior desde media mañana. Luego tiré hacia la historia de los cereales en Tierra de Campos, pero tampoco tuvo éxito, así que decidí virar en redondo. Le conté que a un alemán en el siglo XV le llamaron la atención las construcciones de adobe y las cuevas usadas para bodegas, y que tenía un amigo arquitecto que dibujaba muy bien pórticos en cuadernos y también los chopos del Pisuerga. Y acabé en los romanos, y me volví a armar un lío contando la historia de la Vía Aquitania que unía Astorga con Burdeos.

El caso es que me entendí con el japonés, dibujándole cosas y con algo de inglés pero pasamos bastante tiempo callados, en silencio, que es otra forma muy curiosa de entenderse, y de no joder al prójimo. En el trayecto de Frómista a Mansilla de las Mulas, pasando por Carrión y Bercianos, el japonés no se quejó. Los kilómetros de llegada a Burgos, por Gamonal, tampoco le desagradaron. Y a la entrada y salida de León, que también son unos cuantos kilómetros inolvidables, por autopistas y zonas industriales, no dio ninguna muestra de disgusto. Yo me había portado bien en Tokio y en Osaka, en aglomeraciones terribles en estaciones de tren, y él se acordaba. Supe estar callado. Y él hacía lo mismo. Le ponía buena cara a las circunvalaciones y a los camiones, como luego a hórreos y cruceiros. Entre León y Astorga le noté diferente, así que le recomendé *Bueno, me largo*, donde Kerkeling cuenta qué experimentó durante este trayecto, que yo, sin embargo, no disfruté, por razones que no vienen al caso.

En Santiago nos separamos. Él quería llegar a Fisterra y yo me tenía que volver, pero como había pasado mucho tiempo por Costa da Morte, le dije que después de llegar al fin del mundo que girara hacia el Este y se quedara unas semanas disfrutando de Muxía, de Camariñas, de Santa Mariña, de Camelle, que fuera a Laxe, y que siguiera y

siguiera y se fuera hasta Cedeira, donde las vacas mugen desde los riscos del Acantilado, entre nieblas, y que le podía recomendar posadas y moradas, que fue allí donde me leí *El periodismo es un cuento* de Rivas, y un libro sobre los submarinos alemanes hundidos, y muchas más cosas. Le conté que, durante la limpieza del chapapote del Prestige, otro japonés que iba para Santiago se ofreció como voluntario, y le aceptaron en las brigadas y parece ser que recogía galletas de crudo como nadie y dejó algunas playas muy limpias, y empezó a cogerle cariño al pueblo porque le daban de comer muy bien, y cuando ya no había chapapote aquel japonés buscaba más y más, como loco, para seguir en el pueblo, y comer más lacón con grelos, y pulpo, y caldo, y empanada y todo lo que pillara. Y que entonces el alcalde decidió hacerle una fiesta que el japonés tomó por una ceremonia de agradecimiento, pero es que era de despedida, porque el alcalde buscó la concha, se la colgó del cuello, le entregó el bastón, le estrechó la mano y le indicó la dirección hacia Santiago por la carretera.

Yo dejé a mi japonés a salvo allí, en la Plaza del Obradoiro, pero antes de despedirnos, le regalé algo, porque era muy majo. Cuando vio que se lo colgaba del cuello pensó que era algún amuleto mágico, pero era la mejor luz intermitente que yo tenía para sujetar en la mochila.

Se la colgué, le confirmé que llevaba pilas nuevas y que por favor tuviera mucho cuidado. Que no mirara tanto a las estrellas, no acabara estrellado, que no se asustara con los perros, y sobre todo, que prestara máxima atención a los coches embalados por las carreteras que llevan al fin del mundo.

Si las bibliotecas personales
son una forma de autobiografía,
Luis Mateo Díez regala a
los lectores una bibliografía
jacobea que es en realidad
una vida de letras a pie de
camino. Se mezclan sus lecturas
tempranas con sus primeros
textos dedicados a la ruta, que
le quedaba muy cerca de su
Villablino (León).

Una bibliografía peregrina

Luis Mateo Díez

Para recabar un recuerdo bibliográfico de lo que el Camino supone en mis escritos e intereses, tendría que comenzar remitiéndome al inusitado descubrimiento de un libro en mi adolescencia, y digo inusitado por lo sorpresivo y extraño siendo como fui un adolescente con las precarias curiosidades de cualquier otro, las propias de una edad tan poco agradecida.

Pero se trataba ni más ni menos que del *Codex Calixtinus*, en una edición que tenía mi padre, hombre de gustos lectores muy refinados y que supongo pudo extrañarse del interés que el raro ejemplar despertaba en el gárrulo de su hijo, poco dado a hurgar en su biblioteca y absorbido por los Guerreros del Antifaz y afines, en manoseados tebeos cuya lectura solía acompañar por los pitillos que mi progenitor dejaba mediados en los ceniceros.

Pensar en lo que el *Codex Calixtinus* supuso de curiosidad, fascinación y entretenimiento en aquel pájaro disipado y escéptico, mal estudiante y muy contaminado por

otros intereses nada bibliográficos y preferiblemente malos, sigue pareciéndome tan raro como inconsecuente.

Y, sin embargo, al repasar mi modesta, y curiosa bibliografía peregrina, no dejaría de existir la primaria justificación de aquel hallazgo, si confirmo que el libro quedó de mi propiedad y conmigo estuvo por décadas y pensiones, hasta el irremediable extravío, y sin que ya mi innata indolencia me permitiera reponerlo.

La verdad es que lo estuvo en parecida compañía y querencia a lo que supusieron muy pronto los descubrimientos de *Corazón* de Edmundo de Amicis y *La muerte de Iván Illich* de Tolstoi. Este último como definitivo referente del modelo de lo que yo quisiera escribir, la cima inalcanzable de una ambición secreta, propia de un adolescente tarambana que habría derramado sus primeras lágrimas literarias leyendo el *Cuore* de Amicis, un diario infantil requisado de las escuelas republicanas de mi pueblo y puesto a buen recaudo por mi padre en el desván consistorial de nuestra casa para, con otros, ser salvado de la quema.

Del *Codex Calixtinus* proviene mi primer relato peregrino. Una historia del Camino inspirada en los relatores de la milagrería del Santo que con el título de *Maestro Pannicha* publiqué en mi primer libro de cuentos, *Memorial*

de hierbas, muy satisfactorio para mis primitivas veleidades narrativas y llevado a la guillotina, tras su apurada recepción, después del correspondiente olvido polvoriento en un almacén de Mejorada del Campo.

No sé aportar ninguna razón para que aquel relato peregrino de explícita inspiración *calixtina* no fuese luego recogido en el que consideré mi auténtico primer libro de cuentos, que se tituló *Brasas de agosto* y al que llegaban algunas *hierbas* del *memorial*, y tampoco el haberlo dejado en el más absoluto olvido, sin recuperación de ninguna especie.

El relato iba precedido de una cita del *Estebanillo González*, un clásico de nuestra novela picaresca, que siempre ha tenido una valoración secundaria, que para su bien contradijo en su día Juan Goytisolo con una pertinente reivindicación, aunque para mí siempre había sido oro molido, dada mi identificación maliciosa con el protagonista y su mundo.

La cita decía: «*Y si te cansa vida tan molesta, cuando tú escribas otra, dí mal ésta*».

Molesta era la vida de mi Maestro Panicha, también conocido como Fortún de Atapuerca, que formaba parte de una grey, muy popular en las andanzas del Camino, con la labia al cuidado de la bolsa, más desharrapados que

penitentes y haciendo menesterosamente por la vida al entonar el repertorio de milagrería y lecciones del Santo.

Para contar esas andanzas, que supondrían un reclamo de infinitas jornadas en las que la supervivencia se contradecía con cualquier atisbo de ejemplaridad o súplica redentora, me valí de la maravillosa narración que en el *Codex* podría considerarse como anticipo de las Guías del Camino, determinando los tramos de la existencia perularia de Panicha con sus localizaciones y usando textos de los milagros.

En la propuesta de avalar el destino de Fortún, sus correrías y desafueros, hice un uso apócrifo de testimonios que pretendían ajustar la veracidad de los hechos, sobre todo de las anécdotas viarias más relevantes y estrambóticas.

De ese modo el relato contiene una bibliografía subsidiaria del siguiente jaez: *Epistolario de Moreno Avellano*, cronista de Carrión de los Condes por el año de gracia de 1784, *Anaqueles del Cojuelo de Papalaguinda*, publicado en el año de gracia de 1699 por Honorato Paredes de la Sobarriba. O las investigaciones de un tal Ramos Medellín que ofrece algunas noticias de Panicha a través de su acólito Atanasio de Valduero tomadas de un *Almanaque de dichos y sucedidos*, cuya única edición conservaba don Belarmino Estrada en su casa de Villafranca del Bierzo.

La vida del Maestro Panicha está tan crudamente apendada a la del Camino, a sus leguas, cunetas, recodos y ventas, que poco más puede señalarse de su muerte que no esté en consonancia con ella, entendiendo como al final dice mi relato que «el polvo aventado de sus cenizas mortales estará integrado en el mismo polvo de las jornadas itinerantes, que una estela de tradiciones y recuerdos ha trasladado a las constelaciones del firmamento».

*

Un peregrino tirado en medio de la carretera en algún tramo del Camino, la tarde de un domingo en que unos canónigos de la Colegiata de una de mis Ciudades de Sombra van a merendar, en apacible excursión, invitados por el cura de un pueblo cercano, es el personaje más misterioso de este recuento de mi particular bibliografía peregrina.

Se le puede conocer en la novela *Las horas completas* que cuenta, con esa referencia del título al tramo final de las oraciones en el Oficio Divino, un encuentro imprevisible, el de ese peregrino en medio de la carretera corriendo el riesgo de ser atropellado y la acción no menos misericordiosa que arriesgada de recogerle y prestarle la tantas veces engorrosa ayuda samaritana.

De lo que el anónimo peregrino, cuya identidad va sufriendo un transformismo cada vez más inquietante, al tiempo que el coche sigue su curso, puede llegar a suponer en la apacible existencia de los canónigos no hay cómputo razonable, ya que la trama acaba teniendo una desolada impiedad, tan sorpresiva como arriesgada.

La tarde de esos pobres presbíteros, al margen de sus cuitas morales y espirituales, de las que el lector va teniendo adecuada noticia, acaba pareciéndose a la de uno de esos animales prehistóricos que salieron de sus cuevas para alimentarse y no pudieron volver. Un avatar en el que el peregrino parece un desnortado maestro de ceremonias, compulsivo compañero de viaje y, al fin, aventurero de vida descarriada que en el Camino deja la estela del pobre desgraciado que jamás llegará a ningún sitio, por mucho que la ruta sagrada logre aplacarlo.

*

La verdad es que el Camino, como bien sabemos, tiene una solvencia imaginaria muy arraigada, ya que es una de las rutas con más referencias e invenciones de la cultura universal y que, más allá de su determinación religiosa, supone un reto de aventura y conocimiento, de experiencia y sabiduría.

Reconozco haber transitado con más insistencia los tramos de mi tierra leonesa, haber hecho del Camino un uso más provincial, pero tengo del mismo una imagen compiladora, como no podía ser menos desde el aprecio adolescente del *Codex Calixtinus*, como si el Camino sostuviese su propia geografía por encima de cualquier demarcación o frontera, del mismo modo que la sostiene en la metáfora celeste.

No olvidemos que la palabra forma parte sustancial del itinerario, que en pocos lugares habrá quedado una insistencia tan reiterada de lo que se percibe y se cuenta, tan eterna como la que lo jalona, por mucho que en la disciplina de la peregrinación se valore la soledad y el silencio.

Es una ruta escrita que establece precisamente parte de su fascinación en las voces que la recorren, las que lo evalúan y recuentan en las infinitas noches de sus jornadas y en el patrimonio de la imaginación que eleva los recuerdos y las emociones particulares de su destino, con el añadido de una rica literatura popular.

*

En mi novelita corta *El sueño y la herida* la aportación bibliográfica tiene un sentido más legendario.

Su protagonista es Nicolás, un alquimista parisino que no esconde por completo su identidad real, a quien entre los esoterismos y las ciencias secretas podríamos emparentar con el renombrado Nicolás Flamel, ya que en el relato me tomo la licencia de apropiarme de una parte de su difusa biografía, tan propia de quienes en su existencia fluctúan entre la certeza y la invención, entre la historia y la leyenda que en tantas ocasiones redime a la primera para hacerla más incierta y sugestiva.

Nicolás es un alquimista secreto, que vive en su barrio parisino ejerciendo como librero y memorialista para ocultar el cultivo de una ciencia prohibida, y en la dedicación que le lleva a indagar el hallazgo de la Piedra Filosofal persigue una vía que puede conducirle al conocimiento de la vida en su plenitud y también a consumir el sueño cabalista de la transformación de los metales vulgares en metales nobles.

El Camino de mi protagonista está urdido para que, en su encubierta condición de peregrino, poder hacer un alto en la judería de León, y entrevistarse allí con un sabio hebreo, el único capaz de descifrar el mítico y único ejemplar de un libro que llegó a sus manos de forma casual, vendido por un extranjero que le confesó su procedencia de una casa de Amiens en la que había vivido un comerciante judío antes del destierro.

Se trataba de ese libro, que bajo la aureola simbólica de la mismísima Tabla de Esmeralda de Hermes Trimegisto y los arcanos de la Ars Magna, contenía no solo las fórmulas herméticas que conducirían a la transmutación metálica, también el significado espiritual que imprimiera ese impulso superior de descubrir los secretos vedados a los hombres, un estrecho y fértil camino para poder acercarse más intensamente al Creador.

Nicolás viaja con la obsesión de un sueño repetido que cambió su vida desde que el libro llegó a sus manos. Es un sueño que conlleva la advertencia de lo que el libro supone y la voz de un ángel que se lo entrega diciéndole: «Mira este libro del que nada comprendes, del que ni tú ni nadie puede alcanzar sus signos, un día llegará en que verás en él lo que nadie puede ver».

La vertiente esotérica de Camino, una de tantas si consideramos las extremas variantes de su ubicación geográfica, espiritual, simbólica, religiosa o profana en tantas efemérides y sabidurías de él destiladas, tiene con frecuencia ese resplandor de los ensueños y los destinos enigmáticos.

El secreto del libro que Nicolás lleva en su peregrinación también contiene una admonición que el ángel de su sueño no revela, pero sí está escrita como una maldición, en la palabra que llega a sus labios cuando la herida que

recibe de unos asaltantes, avistando la ciudad donde el sabio hebreo le desvelaría lo que en sus páginas el libro contiene, y es una palabra que supura el veneno mortal de su destino.

Así muere el Nicolás de mi ficción, lo que no le sucedió al Flamel legendario que, según parece, se entrevistó en la judería leonesa con el hebreo, descifró las claves que le llevarían al hallazgo de la Piedra Filosofal y soslayó el peligro de la palabra maldita, que no era otra que «maranatha», lo que anoto finalmente en esta bibliografía personal y peregrina por si acaso los lectores de la misma se la encuentran y pretenden ingenuamente desvelar su mortal significado.

Mi Nicolás no llegaba a Santiago, era uno más de los peregrinos que, como Panicha o el innominado debelador de mis pobres canónigos, quedaba a pie de vía, sin culminar lo que en el *Codex Calixtinus* tan devotamente se mostraba y que yo no supe entender como debiera hacerse, apenas por un prurito de narrador de medio pelo, enfangado en sus personajes y sus peregrinas vicisitudes.

En cualquier caso, la idea de la peregrinación, como variante significativa de la del viaje de la vida, es una constante en lo que escribo, si considero que en mis fábulas la metáfora que más las identifica no es otra que la

que establecen las esquinas a punto de doblar, lo que hay a la vuelta de las mismas, algo que se obtiene intentado descubrir el sentido de lo que somos.

Gallego y bilingüe —con obras en gallego y castellano—, escritor y caminante, **Pedro Feijoo** conoce cada pliegue del paisaje gallego, por eso se atreve a colocar a su peregrino en enero, cuando los días apenas duran un suspiro y el mal tiempo no permite avanzar. Su peregrinaje es de borrascas y nebruras.

Con el tiempo habrá otro

Pedro Feijoo

Hambre, frío, dolor. Ampollas en los pies. Y sangre, por supuesto. ¿Qué historia que se precie merece ser contada si en ella no hay algo de sangre? Philippe ha mordido el polvo tantas veces a lo largo del camino, que ahora la tiene por todas partes. En las manos, en las rodillas, en los pies destrozados... De hecho, son tantas las marcas que nunca diría que toda esa sangre sea suya. Pero ahora eso es lo de menos. Ahora, lo que de verdad importa es que, por fin, aquí está. Y, agotado, sonríe al contemplar las interminables columnas de piedra que, alzadas a su alrededor, se pierden en la penumbra de las bóvedas. Inmóvil ante el altar mayor, Philippe se deshace de los bultos que carga a su espalda y, sin demasiados miramientos, deja caer todo el peso de su cuerpo sobre uno de los bancos de la primera fila. «Así que esto era...». Después de tanto tiempo en el camino —o tal vez debería decir *en los caminos*—, después de tantos paisajes diferentes, de tanta tierra, de tanto polvo, de tanto sufrimiento, por fin, aquí está.

En los últimos días, Philippe Mercier ha tenido como nunca antes la sensación de haber conocido los límites de su geografía personal. Enero nunca es un buen momento para echarse al camino, menos aún en esta parte del mundo. Los días son cortos, sin apenas la más breve noticia del sol. Y las noches, trenzadas de frío y cansancio, tan solo son aptas para el sueño en incómodos plazos. Un sueño frágil, fugitivo, indefenso bajo la manta de los cielos más negros que cualquiera podría imaginar, mientras el cuerpo, siempre dolorido, atraviesa madrugadas de hielo a las que ningún amanecer parece querer asomarse. No, enero nunca es un buen momento para encontrarse en el camino, pero, desde luego, éste ha sido el más agotador de toda su vida.

Anteayer, al mirar atrás y contemplar el mar por última vez, volvió a maldecir entre dientes la hora en que se le ocurrió aceptar semejante viaje. Es cierto, después de todo, llegar hasta allí, concluir esa etapa de la expedición, acabó convirtiéndose en una pequeña victoria. Pero es tanto lo que aún queda por delante... Desandar el camino. ¿Y quién sabe lo que aguarda a la vuelta de cada esquina? No, ni éste es un país fácil, ni sus habitantes son de los que siempre están dispuestos a recibir al extranjero con los brazos abiertos. Tierra ésta dura como pocas... ¡Que

por algo fue por muchos siglos el fin del mundo, carajo! Es cierto que los compañeros de Philippe son los mejores. En silencio, los observa a su alrededor. Algunos caminan entre las naves, deambulando sin rumbo concreto, perdiéndose en el asombro de los mil detalles de la catedral. Otros, tan exhaustos como él, han ido a buscar reposo en los bancos posteriores. Allá donde mire, allá donde huela, hay agotamiento. Pero también determinación, la mirada cómplice del que, satisfecho, sabe que ha alcanzado un objetivo. Sí, hay que ser de una pasta especial para llegar hasta donde ellos han llegado. Y eso está muy bien, incluso podría ser todo un orgullo. Pero, ahora mismo, a Philippe Mercier un poco más de descanso —o sencillamente *algo* de descanso— tampoco le habría sentado mal. Anteayer era inútil siquiera pensarlo. Tan solo imaginarlo habría minado aún más sus ya de por sí exiguas fuerzas. Y el camino las reclama todas. Sentado en su banco, Philippe repasa la factura. La espalda rota, ateridos los dedos de las manos. Y los pies... Maldita sea, si por lo menos estas botas no fuesen tan ruines. Y sí, es verdad que las dos últimas noches han sido tan frías como duras, pero también lo es que sus días no les han ido muy atrás. ¿O acaso es ésta toda la luz que las gentes de esta parte del mundo conocen? Una claridad minúscula, débil, apenas el tímido

regateo que consigue filtrarse a través de un cielo de gris eterno, como hecho del plomo más inquebrantable. Y este aire, siempre cargado de bruma, niebla, humedad.

Y lluvia.

Desde que Philippe y sus compañeros de expedición entraron en Galicia, apenas ha dejado de llover. En algún momento, el muchacho incluso ha levantado la cara al cielo y, con la perplejidad del hombre que no alcanza a comprender la inmensidad bajo la que se encuentra, ha escudriñado en cada pliegue de esa masa nubosa e impene-trable, preguntándose cómo es posible que existan tantas formas distintas de lluvia.

Lluvia arrasadora, implacable. Agua arrojada con la misma furia con la que un enemigo invisible abriría un fuego líquido, dispuesto a borrar de la faz de la tierra cualquier vestigio de vida en movimiento bajo el más denso telón de mar vertical.

Lluvia constante, monótona, inagotable. Insensible a la fatiga de los hombres.

Lluvias voraces, insaciables...

Y, sin embargo, la peor es ésta otra. La lluvia fina. Aquélla casi invisible que, como un paisaje sin fin de minúsculas motas de polvo en suspensión líquida, resulta ser la que más moja, la que más cala. Esa humedad que se te mete dentro, llenándote los huesos de agua, de frío, de

cansancio. Haciendo que hasta tu pensamiento se vuelva lluvia...

Pero por fin, ahora, aquí está. Todavía mojado. Calado hasta los huesos, sí. Pero aquí está. Justo cuando había abandonado toda esperanza de reposo.

No en vano, de todas, las dos últimas jornadas de camino han sido las más duras. Apenas unos días antes, Philippe Mercier y sus compañeros caminaban justo detrás de un grupo de ingleses, que eran quienes marcaban el ritmo. Pero ahora los ingleses ya no están... Llevaban la prisa metida en el cuerpo los condenados, avanzando hacia el mar como si la vida les fuese en ello. Durante varias jornadas, a Philippe y a sus compañeros no les quedó más remedio que apurar el paso, cerciorándose de pisar donde los ingleses pisaban para no perder el rumbo. Para no perderse por las sombras de esta tierra. Pero siempre caminando tres zancadas, dos, una por detrás de ellos. Sin embargo, hace tres días todo cambió. El enfrentamiento acabó con la compañía, y durante las dos últimas jornadas Philippe y sus compañeros han vuelto a caminar solos. El mar de Coruña al fondo. Elviña, Carral, Ordes, Mesón do Vento, Sigüeiro...

Y por fin, hoy al amanecer, Santiago.

Pero antes, su padre.

Fue ayer, al pasar por la aldea de Cabeza de Lobo,

cuando el recuerdo de su padre volvió a salirle al paso. Estaba ahí mismo, agazapado tras un alto. Mientras refrescaba la garganta en una fuente del camino, Philippe detuvo su mirada en la concha de vieira labrada en la piedra. La concha del peregrino... Y, como en una escaramuza, la memoria de todas aquellas descripciones interminables vino a emboscar su pensamiento. «Así que esto era, ¿eh, viejo?» Y, para su sorpresa, una sonrisa resignada se le encajó en la expresión.

«Así que esto era...».

Ayer, Philippe fue por fin plenamente consciente de lo que estaba sucediendo: al igual que una vez su padre, ahora también él estaba haciendo el camino a Santiago.

Es cierto que el que ha llevado a Philippe a Compostela no es el mismo recorrido que en su momento realizó su padre. Él, *monsieur* Jean-Jacques Mercier, lo había hecho muchos años atrás, cuando Philippe no era más que un mocoso que apenas levantaba un par de palmos del suelo. Y en aquella ocasión, como era lo más natural, la ruta elegida había sido la del llamado Camino Francés, entrando en España por Roncesvalles para atravesar todo el norte de la península hasta llegar a Compostela, mientras que la de Philippe vendría siendo la del Camino Inglés.

Y sí, también es verdad que el medio empleado para el desplazamiento tampoco había sido el mismo. De he-

cho, y tan al contrario que su hijo, Jean-Jacques apenas había puesto un pie en el suelo: a pesar de que en los últimos años hubiera ido modulando convenientemente las formas de su discurso, lo cierto es que su padre siempre había sido un hombre de apego a las tradiciones de la aristocracia. Sobre todo, a aquéllas relacionadas con el estilo, el buen gusto —o cuando menos lo que él interpretaba como tal—, el hedonismo y, por qué no decirlo, con la comodidad personal. De manera que, en su momento, el viejo Mercier se había decantado por la opción de hacer el camino a caballo.

Y, por concluir con las diferencias, es igualmente cierto que, en el apartado de las motivaciones, los argumentos tampoco coincidían, ya que las razones por las que el ahora anciano señor Mercier se había decidido a convertirse en peregrino atendían a cuestiones de índole espiritual. Aunque, a fuer de ser honestos, cabe señalar que tales razones solo gozaban de crédito para el mismo señor Mercier. Porque, a pesar de que nadie se hubiera atrevido nunca a llevarle la contraria al viejo, todos en la casa conocían la verdadera motivación por la que el señor Mercier se había lanzado a la aventura del camino.

Porque, a pesar de las interminables sobremesas en las que su padre no perdía ocasión para señalar lo importante

que era para cualquier buen espíritu cristiano la posibilidad de ganarse el jubileo —evocando, además, lo muy especialmente revelador que le había resultado encontrarse consigo mismo en aquello que Jean-Jacques Mercier siempre describía como su «gran epifanía mística»—, en la residencia de los Mercier-Triché todos sabían que si el cabeza de familia se había echado al camino tan solo era porque, escudriñando por una rendija de la historia, Jean-Jacques había contemplado una verdad indiscutible: bien jugadas sus cartas, la vía jacobea también podía convertirse en una oportunidad de expansión incomparable, no solo espiritual sino, sobre todo, económicamente hablando.

Y es que, a fin de cuentas, ésa era la realidad: históricamente, y al igual que ocurría con tantas otras rutas de peregrinación espiritual, el camino de Santiago siempre había sido una fecunda vía de expansión cultural, artística y, evidentemente, también comercial. Y sí, para qué engañarnos, de las tres opciones, el último tipo de expansión era el que más le había interesado siempre al cristiano espíritu del señor Mercier. Que no solo de pan vive el hombre, y, además, en Burdeos ya todos sabían que el vino de las bodegas Mercier apenas servía para abastecer las tas-cas, fondas y tabernas más infames de la región, aquellas barras selectas en las que tanto las discusiones sobre la

calidad del vino como, ya puestos, sobre cualquier aspecto de la vida en general, solían dirimirse en favor de aquél que fuera más rápido en el manejo de la navaja. No, en aquella buena parte del mundo ya no quedaba mucho que rascar para la expansión y crecimiento del Château Mercier. Pero, tal vez al sur... Ah, Jean-Jacques, ¡viejo zorro!

Y así, desde entonces, cada vez que el señor Mercier rememoraba sus aventuras a lo largo y ancho del camino de Santiago, todos a su alrededor disimulaban el aburrimiento que cualquiera de los múltiples episodios del relato tantas veces escuchado les producía, intentando imaginar a cuántos españolitos no habría engañado el artero Jean-Jacques con su disfraz de pequeño bodeguero espiritual y místico. Pero, eso sí, sin que nadie en todo el auditorio dejase de asentir con gesto complaciente. Porque, siendo realistas, ¿de qué iban a renegar? Por más que las memorias del camino les resultasen terriblemente aburridas, lo cierto era que la jugada del señor Mercier había salido bien, y los puentes tendidos a lo largo del camino sirvieron para establecer nuevas relaciones comerciales para los Mercier-Triché, gracias a las cuales la familia se benefició durante un buen tiempo de una cierta prosperidad e incluso comodidad.

Una pena que, al final, ni la riqueza fuera tanta ni, sobre todo, hubiera durado lo suficiente como para haber

alcanzado algún que otro contacto más elevado. Porque ésa era la verdad: mucho cuento con la gran epifanía mística, pero lo cierto es que el honorable Jean-Jacques tardó casi tan poco en amasar su fortuna como en bebérsela... Quién sabe, si hubiera durado un poco más, tal vez ahora Philippe habría dispuesto de otros privilegios. Y, lo que era más importante, quizá no se sentiría tan cansado, no habría acumulado tanta fatiga en tantos aspectos y, sobre todo, tal vez habría podido disponer de unas botas que no le apretasen tanto los pies.

Todavía sentado —en realidad casi derramado— en el primer banco de la nave central, Philippe Mercier concluye que es un poco tarde para semejantes disquisiciones. Ahora, lo importante es que aquí está él, tantos años después, siguiendo también los pasos de su padre. Aunque nada más sea en cierto sentido, claro.

Porque esto también es cierto: en su caso, el joven Philippe Mercier no ha experimentado nada que se parezca a ninguna epifanía mística, ni grande ni pequeña. De sobra sabía con anterioridad que su padre tampoco había sentido tal cosa más allá de en sus más que acomodadas memorias, pero, para su mayor sorpresa, al hacer ahora repaso de todas aquellas experiencias tantas veces relatadas, a todas ellas las ha echado en falta. No, Philippe ni se ha encontrado consigo mismo en ninguna ocasión de

la que se haya sentido especialmente orgulloso, ni mucho menos está cerca de ganarse ningún jubileo. Es más, el muchacho está seguro más allá de cualquier duda razonable de que, si es cierto que vive algún dios, a Philippe le va a costar mucho ganarse su perdón. Más aun, teniendo en cuenta lo que está a punto de hacer.

—Es impresionante, ¿verdad?

Con la mirada aún perdida en algún rincón de las bóvedas de arista, allá, tan arriba, Philippe se limita a asentir en silencio. En realidad, no sabe a qué se refiere su compañero, pero eso da igual. Sea cual sea el objeto del comentario hecho por Armand, la afirmación es una buena respuesta.

Sí, es impresionante el espacio. El crucero de la catedral, el altar mayor, la figura del apóstol. Lo es incluso el Botafumeiro, el famoso incensario de cuyo impresionante vuelo tantas veces había escuchado hablar a su padre, ahora inmóvil ante a ellos.

Sí, es impresionante el viaje que los ha llevado hasta aquí. El camino...

...Y *sí*, es impresionante la cantidad de muertos que han ido dejando a su paso. Los últimos, todos esos soldados ingleses a los que, después de tantas jornadas de persecución incansable, siguiendo sus pasos desde el norte de Portugal hasta las puertas de Coruña, por fin alcan-

zaron hace tres días en los campos de Elviña, a las afueras de la ciudad. Pobres diablos, los cazaron como a ratas justo cuando, exhaustos, intentaban embarcar, huyendo de regreso a Inglaterra. Es verdad que muchos lograron escapar, alcanzar las naves y, esquivando el fuego, zarpar hacia el norte. Pero también lo es que no fueron pocos los que cayeron. Empezando por su comandante, el general sir John Moore, abatido por una bala de cañón que el propio Philippe se encargó de disparar. La sangre de todos esos desgraciados, el joven Mercier todavía la siente fresca en sus manos... Todo, todo es impresionante. Sí.

Aunque, por supuesto, su compañero Armand no se refiere a nada de ello.

—Plata y piedras preciosas —continúa, con la mirada fija en el incensario—, y los aldeanos ahí fuera, pasando hambre...

Philippe sonríe con desgana.

—No será gracias a nosotros que dejen de hacerlo.

Armand Lemaitre también niega en silencio.

—Órdenes son órdenes —se exime.

En efecto, órdenes son órdenes, piensa Philippe. Y lo que menos importa es que esas órdenes sean correctas o incorrectas, justas o injustas. *Órdenes son órdenes...*

Los dos hombres vuelven a ponerse en pie y, con gestos automáticos, proceden a desenganchar el Botafumeiro

de los correaes que lo mantienen amarrado a la larguísima sogá suspendida desde las poleas, en lo alto del crucero. «Sólo es un incensario», se dice a sí mismo Philippe, intentando disculparse de antemano ante el enojo que presumiblemente le supondría a su padre si éste llegara a saber lo que el joven Mercier está a punto de hacer: cargar el incensario en el carro del mariscal. Pero ¿y qué otra opción le queda? Órdenes son órdenes, lo sabe hasta el cabo más patán. Y un soldado nunca desobedece el mandado de un superior. Menos aún cuando el tuyo es el ejército más poderoso que pisa el suelo del mundo conocido. De modo que, si esto es lo que quiere el mariscal Soult, esto será lo que tenga. Al fin y al cabo, no es más que un incensario. Uno muy grande, sí. Uno de plata y piedras preciosas, también. Pero ¿qué puede hacer Philippe Mercier al respecto? Con el tiempo habrá otro, y si no es de plata que sea de latón, que para el caso hará el mismo servicio. Philippe es un soldado, y se debe a las órdenes de sus superiores. Desde el primero hasta el último. Desde el cabo hasta el emperador. Y, a fin de cuentas, nadie desobedece a un oficial del ejército de Napoleón Bonaparte...

Ander Izaguirre es capaz de estar en todas partes a la vez sin dejar de pedalear ni un momento por los puertos y valles de Euskadi. Dicen que es periodista, y de los buenos, pero a mí me suena a buhonero, a romancero de viejo: si no insiste en que sus historias son crónicas, no habría forma de creerlas. Como peregrino, cuenta que el Camino de Santiago está lleno de libros tirados, un rastro de literatura que se desprende de las mochilas y forma adoquines en los que nadie se había fijado.

El cementerio de los escritores pesados

Ander Izagirre

Al primer libro abandonado le saqué una foto: alguien se había rendido y se había deshecho de un ejemplar en neerlandés de *Amor tántrico*, una obra de Margot Anand que según la sinopsis ayuda a enfocarse en el éxtasis sexual y en la conciencia de la vida cotidiana. Interpreté que el peregrino o la peregrina lo había abandonado con sentimiento de culpa, porque lo había colocado con mucha precisión sobre el poste de una alambrada, visible junto al camino, por si alguien quería aprovecharlo. Lo encontré durante la travesía del Pirineo, entre los albergues de Hüntto y Orison, en un tramo de repechos empinados en los que el peregrino o la peregrina jadearía fuerte pero sin esperanza de alcanzar éxtasis sexuales ni de cualquier otro tipo.

Apenas había caminado seis kilómetros desde San Juan de Pie de Puerto cuando empecé a ver el reguero de libros abandonados en la montaña, una versión contun-

dente de las migas de Pulgarcito. Los siguientes ya no los fotografié, me conformé con anotarlos: *Oraciones y devociones*, de tapas duras, y el primer Paulo Coelho del día.

Alrededor de 60.000 peregrinos caminan todos los años desde San Juan de Pie de Puerto hasta Roncesvalles. Es como si una ciudad de tamaño medio cruzara la cordillera a pie, con la peculiaridad de que estas personas pertenecen a más de cien nacionalidades. Para la mayoría supone la primera jornada del Camino de Santiago: el día de los arrepentimientos. Emprenden una subida de veinte kilómetros, mil trescientos metros de desnivel, y pronto descubren que la mochila pesa demasiado y su lomo no aguanta tanto, sospechan que el segundo pantalón no les será necesario, el secador de pelo tampoco. Dicen que la peregrinación es una plegaria expresada con el cuerpo: para qué cargar, entonces, libritos de oraciones.

Fuera el librito de oraciones, fuera el sexo tántrico, fuera Paulo Coelho.

Durante cinco o seis horas de subida al collado de Lepoeder vi peregrinos doblados bajo mochilas enormes. Vi a cuatro coreanos caminando vigorosos con botellas de litro y medio de agua que les colgaban una de cada cadera y se bamboleaban contra los muslos; vi a una joven alemana que llevaba de la correa a su perrito, y el perrito vestía un chaleco con un bolsillo en el que portaba su pro-

pio botellín; apenas vi a una pareja de ancianos franceses, porque marchaban ocultos bajo su carga titánica, pero escuché sus ahogados *bonjour* y vi sus bastones asomándose, tanteando cada roca como antenas de hormiga, clavándose en el suelo como si en cada paso temieran sucumbir.

Subíamos todos como podíamos, con esa mezcla tan jacobea de penuria y alegría, sonrisas y sufrimientos, saludándonos y animándonos en siete lenguas, reconociéndonos en el idioma universal del resoplido. Parábamos de vez en cuando, mirábamos hacia atrás, nos despatarrábamos en la pradera y nos mirábamos alzando las cejas: a nuestros pies quedaba ya muy abajo la región de Garazi, con sus pueblos blancos y rojos desperdigados entre el oleaje verde de las colinas, los bosques que trepaban por las vaguadas, las praderas moteadas de ovejas, los vuelos circulares de las águilas, tan ágiles, tan elegantes, tan ofensivas para nosotros, qué maravilla, qué *pittoresque*, qué escenario para puzles.

Los peregrinos dejaban una flor, una estampa o una cinta a la imagen de la Virgen de Biakorri, colocada en una cresta rocosa. Se sacaban fotos ante la losa moderna que indica la entrada a Navarra, más vistosa pero menos verdadera que el viejo mojón de piedra unos metros atrás, cascado en las esquinas, colonizado por los líquenes y con el número 198 cincelado, el que le corresponde en la serie

de 602 mojones que instalaron para delimitar la frontera entre España y Francia. También se sacaban fotos en la fuente del collado de Bentartea, porque una placa indica que esta fuente es, tachán, tachán, la fuente del caballero Roldán.

Dice la leyenda que Roldán intentó romper su fabulosa espada Durandarte contra una roca, para que no cayera en manos de los moros que le habían tendido una emboscada, pero al dar el golpe abrió una grieta de la que surgió un manantial. Un pastor de la zona me contó que toda la vida llamaron Fuente de Roldán a otra que está más escondida, en una vaguada del monte Astobizkar, pero que las autoridades trasplantaron el nombre mítico a esta otra fuente, que siempre fue la fuente de Bentartea, y que lo hicieron porque aquí pasan miles de peregrinos hacia Santiago y así les venden un poco de sabor legendario. Es lo bueno de las leyendas: se transforman al gusto del usuario, sin muchos miramientos, en el siglo XI o en el XXI.

Porque hablamos de literatura pesada justo en uno de los mayores escenarios de la literatura hinchada: el de la batalla de Roncesvalles.

*

El 15 de agosto del año 778, veinte mil soldados del ejército franco de Carlomagno volvían a casa con un buen mosqueo. Habían cruzado al sur de los Pirineos, se habían pegado una caminata tremenda hasta Zaragoza y allí habían descubierto que les estaban tomando el pelo: el gobernador andalusí Husayn se negó a abrirles la puerta. Los francos iban confiados, porque se suponía que Zaragoza iba a rendirles vasallaje para quitarse de encima al emir de Córdoba, pero Husayn les dijo que había cambiado de idea. Carlomagno, hecho una furia, asedió la ciudad pero no iba preparado para sostener una campaña larga, así que secuestró a varios jefes musulmanes y ordenó la vuelta al norte, donde se le estaban sublevando los sajones. Hubo escaramuzas por el camino: los vascones, que estaban aliados con los andalusíes del Ebro, atacaron a Carlomagno en el sur de Navarra; Carlomagno se vengó destruyendo las murallas de Pamplona y atravesó los Pirineos.

El resto de la historia lo conoce todo el mundo. Sí, pero casi todos conocen la versión de los propagandistas medievales.

El ejército franco atravesó el collado de Roncesvalles. Cuando la retaguardia bajaba por un desfiladero hacia el norte, se escuchó la llamada de un cuerno, señal de ataque: tropel de vascones corriendo montaña abajo,

gritos, aullidos, lluvia de flechas y rocas, soldados francos masacrados en el arroyo, sangre, sesos, ayes, gemidos.

La primera mención de esta batalla la escribió Eginardo, biógrafo de Carlomagno, hacia el año 830. Dice que los vascones eran unos pérfidos que se escondieron en el bosque y atacaron a los francos para robarles. El episodio probablemente no fue más que una escaramuza sangrienta, una pequeña derrota que escoció a las tropas imperiales, pero doscientos años más tarde un monje normando retocó las cosas para escribir el *best seller* que necesitaba su época: ¡pasen y escuchen *La Chanson de Roland*, el cantar de gesta que todo el mundo recita!, ¡tremenda batalla entre moros y cristianos!, ¡cuatro mil versos para temblar con la crueldad de los infieles sarracenos y el heroísmo de nuestros paladines cristianos! En el siglo XI, en vísperas de las Cruzadas, los reinos europeos necesitaban inspirar a sus gentes con historias de superhéroes cristianos, como la de Carlomagno, su sobrino Roldán y los Doce Pares de Francia luchando en las montañas contra los temibles musulmanes. Como enemigo de categoría no valían los vascones, ese puñado de salvajes pirenaicos. Así que en el Cantar de Roldán, en la versión que quedó en la memoria europea, desaparecen los vascones y comparecen cuatrocientos mil moros al ataque (¡hala moros!). En Roncesvalles pierden los cristianos, sí, pero

en la batalla matan a cien mil moros y solo pierden porque el traidor Ganelón, cuñado de Carlomagno, ha revelado su ruta a los enemigos. Es curioso: existió Ganelón y fue un traidor, pero existió dos generaciones más tarde que la batalla de Roncesvalles. No importa, servía para el potaje.

*

Lo mejor es que la leyenda remodeló el paisaje. Ahora tenemos esta nueva Fuente de Roldán. También instalaron una Piedra de Roldán en el alto de Ibañeta, con una espada y unas mazas de hierro que hacen como si fueran pero no son. En Roncesvalles visitamos con admiración y congoja el Silo de Carlomagno, el osario de los francos caídos en la terrible batalla, que en realidad guarda huesos de peregrinos muertos a partir del siglo X, pero no se lo digan a nadie. Y en la colegiata guardan nada menos que el Ajedrez de Carlomagno: el tablero en el que el emperador jugaba una partida, mientras esperaba a su retaguardia, cuando oyó el trompetazo de Roldán que avisaba del ataque. Es una tabla de nogal con 31 casillas de plata y esmalte en las que se guardaban reliquias, fabricada quinientos años después de la batalla, pero emociona mucho más imaginarse los dedos del emperador moviendo esas

piezas que, de repente, al escucharse el toque de socorro, empezaron a sangrar.

Una vez me contaron en qué casa estaba Carlomagno jugando al ajedrez y me fui a buscarla. Me perdí por un laberinto de carreteritas rurales en Ontzorone, al pie de estas montañas, buscando un caserío del que solo conocía el nombre y una foto. Cuando vi una casona de muros encalados y contraventanas rojas, junto a una borda de piedra y un invernadero de plástico, me pareció que podía ser. Me asomé al invernadero y vi a un hombre joven, de barba rasa y manos negras de tierra, entre tomateras y pimientos.

—Perdón, ¿este es el caserío Mokosailia?

—Sí.

El chico se llamaba Jean-Marc Goyenaga. Era labor-tano de Azkaine, se vino a este valle bajonavarro a trabajar de pastor y cultivaba plantas aromáticas y medicinales en una hectárea y media. Lo hacía todo a mano: las plantaba, les quitaba las malas hierbas, recolectaba las flores y las hojas una a una, las secaba, luego elaboraba con ellas aceites y jarabes.

Le pregunté por la historia jacobea de la casa, porque aparece en un documento de Roncesvalles en el año 1333.

—Aquí acogían a los peregrinos y les explicaban por dónde subir la montaña — me contó Jean-Marc—. De ahí

viene el nombre de la casa. *Ils donnent des bons conseils* («dan buenos consejos»). Los peregrinos empezaron a llamarla *maison du Bon Conseil* y, como en esta casa solo entendían euskera, fueron cambiándole el nombre según les sonaba: Monconseil, Mocoseil... Al final lo vasquizaron: Mokosailia.

—Y dicen que Carlomagno...

—Sí, sí, Carlomagno durmió en esta casa. Él iba a la cabeza del ejército y se paró aquí a esperar a que sus tropas bajaran de Roncesvalles. Cuando Roldán tocó el cuerno, Carlomagno estaba aquí jugando al mus y las cartas empezaron a sangrar.

*

«Han muerto miles de peregrinos; unos, envueltos por las ventiscas de nieve; los más, devorados por los lobos». Sancho Larrosa, obispo de Pamplona, dio estos avisos en el año 1127 y fundó una hospedería en el alto de Ibañeta. Por allí subían los peregrinos, por Arnegi y Valcarlos, por donde ahora pasa la carretera, por donde pasaba la calzada romana y por donde probablemente pasarían Carlomagno, Roldán y la tropa. Resulta extravagante que los peregrinos actuales subamos hasta el collado de Lepoeder, cuatrocientos metros más alto, por un camino

más largo, más dificultoso, más desolado, expuesto a las nieves y a los calores, donde sigue muriendo algún peregrino de vez en cuando, desprevénido, agotado, sin necesidad de lobos. Esta ruta alta tuvo usos militares, cuando los conquistadores castellanos de Navarra buscaron otro paso hacia San Juan de Pie de Puerto, cuando el mariscal Soult transportó artillería para tomar Pamplona durante las guerras napoleónicas, pero no tiene sentido para la peregrinación. No tiene sentido práctico pero tiene sentido narrativo: es un camino por laderas abiertas, mucho más panorámico, fotográfico, turístico, épico y tántrico que el antiguo camino por la vaguada boscosa de Valcarlos.

Aquí todo va de contar historias.

Si por este collado pirenaico —y por ningún otro— pasan todos los años miles de coreanos, brasileños, italianas, australianos y alemanes, es porque aquí late una gran historia, la de la tumba del apóstol, que funciona a pleno rendimiento mil doscientos años después.

La peregrinación a Santiago fue una estrategia de comunicación sensacional. El pequeño reino de Asturias necesitaba un buen mito con el que convencer a sus súbditos de que tenían la protección divina para lanzarse contra el todopoderoso emirato de Córdoba. Los sarracenos ya usaban la idea de la guerra santa y la recompensa del paraíso para sus guerreros, así que los cristianos imitaron la

jugada. Alrededor del año 830 anunciaron el hallazgo de la tumba del apóstol Santiago en la región más occidental de su territorio —pagaría por asistir a la reunión en la que alguien propuso la idea—. Un discípulo de Cristo había fundado la iglesia asturiana, así que la lucha contra los infieles era un imperativo religioso. Para que nadie titubeara, el apóstol se apareció en la batalla de Clavijo a lomos de un caballo blanco, decapitó a miles de moros y dio el triunfo a los cristianos. El rey astur Ramiro I ordenó que todos sus súbditos pagaran un impuesto para sostener la iglesia de Compostela y que peregrinaran hasta la tumba del santo. Así nació el Camino. Pero esa orden real es una orden falsa: se la inventaron, trescientos años más tarde, los cronistas de un monasterio expertos en eso que ahora llamamos el relato. Pues fue un exitazo. Recaudó mucho dinero y puso en marcha a miles de personas en media Europa. La peregrinación a Compostela sirvió para hermanar a los balbuceantes reinos cristianos, para tender calzadas a través de las montañas y puentes sobre los ríos, para construir monasterios, para fundar ciudades, para que circularan idiomas, gremios y artes. Para formar una cierta idea de Europa y no otra.

*

Y allí estábamos, atraídos por la campaña de un publicista medieval, una fila de alemanes, japoneses, italianas, coreanos, brasileñas, muchos francos y algún vascón, silenciosos, reventados y contentos, esperando turno en la oficina del peregrino de Roncesvalles para que nos asignaran un dormitorio. Dos hombretones neerlandeses, con la palabra «Hospitalero» a la espalda de sus chalecos rojos, adelantaban el trabajo anotando nuestros datos en fichas. Cuando reconocieron a un compatriota y charlaron con él, intenté adivinar en sus rasgos el aspecto desinflado de alguien que acarrea un libro de sexo tántrico y lo abandona al cabo de seis kilómetros.

Dejamos las botas en un almacén y entramos descalzos a la casa Itzandegia, una gran nave gótica del siglo XII, con docenas de literas alineadas entre arcos interiores que parecen costillas de una ballena de piedra. Dicen que fue hospital de peregrinos. Solo el vascón del grupo entendió el nombre de la casa —la de los boyeros o carreteros— pero todos captaron esa antigua esencia, por el sabroso olorcillo a establo que enseguida adensó el aire.

Después de la ducha y la cena comunitaria en cuatro idiomas y siete asombros, di una vuelta por los edificios de Roncesvalles y descubrí unos pasadizos y unas salas tan fascinantes como las de un castillo tintinesco. No me refiero a la capilla románica ni a la iglesia gótica ni a las

joyas de arte sacro ni a las vidrieras coloreadas ni al sepulcro del rey medieval. En un pasillo encontré una mesa en la que habían alineado cables, cargadores, neceseres, gorras y zapatillas, con un cartel trilingüe. Resulta que en castellano eran objetos perdidos, en francés objetos encontrados (*objets trouvés*) y en inglés perdidos y encontrados (*lost&found*), pero después de cruzar los Pirineos a pie no me quedaba mucha frescura para trazar semblanzas psicológicas nacionales. La siguiente mesa era más grande y más fácil de interpretar: «Deja lo que te sobre, coge lo que necesites», decía el cartel. Tras la primera jornada a pie, tras el día del arrepentimiento, los peregrinos aligeraban sus mochilas y así elaboraban un magnífico repertorio de lo inútil, un escaparate de preocupaciones efímeras, o siendo optimistas, un inventario de temores superados: de repente, ya no necesitaban la lona exterior de la tienda de campaña, la esponja exfoliante, la linterna, tantos peines, tantos desodorantes, la pata de cabra para apoyar la bicicleta, el rollo de bolsas de basura, el paquete de protectores desechables para sentarse en retretes sospechosos, el cazo de hojalata, los dos tapetes de ganchillo rosa, las suelas de repuesto, las alpargatas, y mi favorita, por todas las hipótesis que abre, la garrafa de agua de Lourdes vacía.

Encontré, al fin, la sala del tesoro. La llamaban biblioteca del peregrino pero se trataba de un cementerio

de libros abandonados. En sus estantes yacían *Los pilares de la Tierra* (kenfolletón de 1.038 páginas), *Europe on a shoestring* (guía de 1.300 páginas), *La casa de los espíritus* (allende las 380 páginas), una biografía de Paul McCartney (360 páginas en tapa dura), *Nunca te pares* (la autobiografía de Phil Knight, fundador de Nike, descartada por alguien que efectivamente decidió no pararse y mucho menos por culpa de estas 432 páginas), *La tentazione di essere felici*, *Spiritualis Intelligencia*, *Wohin pilgern wir?*, una voluminosa biografía ilustrada del fotógrafo Doisneau, tres metros lineales de libros coreanos, decenas de diccionarios, cincuenta, cien, doscientas sombras de Grey, barricadas enteras de Paulo Coelho en mil idiomas.

Los peregrinos se iban desprendiendo de lo superfluo y a partir de Roncesvalles ya caminaban un poco más ligeros. No hay crítico literario más fiable.

«Para que lo soportase mejor
le dije que el frío es elegante».
Habla el narrador de este cuento
de intemperies que viene a decir
que todos los caminos empiezan
en algún sendero junto a la playa,
de jóvenes, cuando aprendemos
a andar solos. Habla el narrador,
pero bien podría hablar el propio
Manuel Jabois, que siempre tiene
una palabra para soportar mejor
los fríos.

Esa noche

Manuel Jabois

Esa noche tardamos en dormirnos. Hacía frío a pesar de ser diciembre. Habíamos cenado mucho y ahora teníamos hambre. Los cantos de los pájaros ahí fuera nos sumergían en un silencio de película de terror. Pasamos media noche susurrando hasta que Marisa nos pidió que bajásemos un poco la voz. No queríamos que nadie nos escuchase, ni que supiesen que estábamos allí. Marisa era la jefa del grupo. Nadie recuerda quién la nombró, ni siquiera si alguien la nombró. Simplemente, un día empezó a sugerir, otro día a recomendar y finalmente a mandar. No sin cierto disgusto, pero ocurre así: siempre ganan los que quieren obedecer, los que quieren obedecer le doblan el pulso a los que no quieren mandar.

Esa noche el albergue estaba lleno. Había terminado la pandemia, eso entendíamos por las conversaciones entre los peregrinos; las que entendíamos, porque sólo sabíamos español, y las que podíamos escuchar claramente, porque a veces las palabras llegaban con interferencias. ¿Cuánto tiempo llevábamos aquí? ¿Cuánto tiempo más

seguiríamos oyendo los pasos, los resoplidos, las quejas y las ambiciones de las personas que persiguen a Dios *físicamente*, que recorren kilómetros para encontrarse mentalmente con el cuerpo de uno de sus discípulos?

Esa noche hizo aún más frío. Me gustó y me dolió al mismo tiempo ver a Marta. Tenía la sensación de que hacía días que no la veía. Llegaría ese momento: el momento en que la dejaría de ver para siempre. Pero aún la vi, casi espectralmente. Todo nuestro tiempo transcurre en el 'aún'. Me miró y sonrió («la que liamos») y luego creo que lloró porque tenía frío. El frío no era normal, pero no era normal porque el frío éramos nosotros. Para que lo soportase mejor le dije que el frío es elegante. Los tres cuartos, las bufandas atadas al cuello como una soga o caídas hasta la cintura, como el pelo de las cantaoras. Los botines, incluso. Hasta los labios cortados tienen encanto. Y los ojos un poco enrojecidos. El escalofrío tan tierno, en soledad, mientras esperas a sacar dinero del cajero. Casi todo es belleza en el frío, le dije. Los paisajes nevados del interior de Galicia. Recemunde, en Pobra de Brollón, bajo una gran manta blanca inacabable, como si aquello fuera el cielo. No se entiende un amor en Nueva York sin nieve, como no se entiende matar sin guantes de cuero negro, bien ajustados a los dedos, ya sea para empuñar una pistola o quebrar un cuello. Es el cine quien nos educa,

le dije a Marta. La literatura. Piensa en una temperatura bajo cero, la que tú quieras, y un salón con chimenea mientras los lobos restriegan el hocico contra la ventana, como avisando. Aquel psicópata del libro que leímos en el instituto que al salir de cualquier pub agitaba un billete de cien dólares delante de un mendigo, y se lo volvía a meter en el bolsillo, casi imposible. Las medias de lana de la prima pequeña, y la abuela pasando la tarde delante de una estufa como si estuviese echada en el solarium. Los gorritos de lana. Y esos guantes tan elegantes, esos guantes a los que se les descapullan los dedos para coger el móvil y contestar un correo cualquiera, el primero que se te venga a la cabeza.

Esa noche no nos aburrimos; en realidad, nunca nos aburríamos. Dormíamos casi todo el tiempo, cada vez más horas. Hablábamos cada vez menos. Nos gustaba ver a través de la grieta el mundo del que nos despedíamos, que nos parecía ya un mundo amable y cálido en el que depositar impunemente cualquier esperanza. De allí veníamos, y cuanto más nos separábamos de él más amor y agradecimiento sentíamos por haber podido vivir ahí. Escuché a lo lejos a un grupo de peregrinos que hablaba del accidente de uno de ellos, hace muchos años. Era un señor que probaba una máquina de cortar piedras y se llevó por delante su propio pulgar, poniendo al resto de gente per-

dida de sangre, y lo recogió con la otra mano mientras se quejaba: «Todo son prisas, todo son prisas, ¡andamos a correr!». Intenté reírme, aún pude.

Esa noche empezó cuando fuimos de acampada a la playa con el botellón a cuestas a pasar una noche de finales de verano, y uno se puso a buscar cigarros por la arena, porque la gente se había quedado sin tabaco. Así, encendiendo el mechero, fue acercándose a la orilla hasta que se presentó, mortalmente silenciosa, una planeadora. Los hombres habían creído que la luz era la señal convenida. El chico fue a ellos y les pidió un cigarro. «Estaba buscando colillas por la arena», explicó. No le contestó nadie. Uno de ellos sacó un rubio de la cajetilla y se lo pasó sin decir nada. Como llegaron, marcharon, sumergiéndose sin luces en la oscuridad. Luego fuimos a Santiago por la A9. Marisa conducía. Dicen que fue la única que se salvó. Eso pasa mucho también: los que quieren ser conducidos pagan el precio de dejarse conducir.

Esa noche éramos cinco. Era verano. En aquella época aún hacía calor en verano. En aquella época, si hubiésemos querido hacer el Camino, lo hubiésemos hecho de Tui a Santiago. Todavía las cosas funcionaban de atrás adelante: se iba del verano al invierno, de Tui a Santiago, de la noche al día, de la vida a la muerte. Pero nosotros no queríamos hacer el Camino, sino acabar la noche en

Santiago. Tampoco recuerdo en qué punto pasó. Creo que fue cerca de Porriño, creo que fue cerca de un albergue. Eso desciframos. Sé que cada vez recordaré menos y que recordaré ya en solitario, sin ellos.

Los primeros días de esa noche aún podía escribir. Luego supe que los primeros días eran esa noche, y que nos habíamos quedado dentro de ella. Raúl Peleteiro, Martina Sánchez, Marisa Blanco, Carlitos Segade, Alejandro Recho (Janito, yo). Nuestros nombres los decían algunos de los que iban a ver al apóstol, los que perseguían *físicamente* a Dios; nuestros nombres estuvieron en todas partes después del accidente. ¿Se salvó Marisa? Quién lo sabe. Yo la sentía con nosotros. Quizá era un coma. Quizá se quedase ahí siempre. Tenemos o teníamos, ya no lo sé, dieciocho años. A partir de cierta edad, escribí por última vez, empezaré yo a recibir los golpes, y desde entonces preferiré el papel de víctima al de agresor; elegiré el dolor de la traición al remordimiento del pecado y la mala conciencia. No tuve hasta ahora ataques de ansiedad, escribí, pero he llorado durante años sin sentido noches enteras. Es el dolor del mundo que me hoza el corazón, como si la tristeza de las cosas se me hubiese colado dentro.

Esa noche es en 1987. Nos dejan flores pero nada florece. Oigo pasos desde entonces y nunca sé si son los nuestros, marchando, o los de quienes llegan.

José María Merino, novelista,
poeta, cuentista soberbio, autor
de una obra inabarcable, ha
visto el Camino de Santiago
desde su León de la infancia,
cerca de San Marcos. En esta
ficción sobrenatural, la historia
antigua jacobea estremece la
conciencia de un niño y reverbera
la del lector, que observa con
desconfianza los montes donde se
pierde la ruta.

La verdad sobre El Peregrino

José María Merino

Lo que voy a relatar ya lo he contado en otra ocasión. Sin embargo, considerando mi edad, esta vez no voy a utilizar mentiras ni ambigüedades...

Aquel día, la llamada de mi tía Sara no pudo ser más inoportuna: era la semana inicial de mi primer trabajo, yo me sentía náufrago en aquel espacio enorme, entre el flujo azulado de las pantallas de ordenador y el graznido incesante de los teléfonos, y ella me apremiaba para que fuese a ver a mi abuelo inmediatamente.

—Pero tía Sara, no puedo marcharme así, sin más ni más.

—Tu abuelo está empeñado en que tiene que hablar contigo, me lo repite todo el día, que te llame. Le ha dado por decir que no quiere morirse sin contarte algo muy importante.

—¿Tan mal está?

—Está muy pachucho y se ha metido en la cama. Yo

no lo veo en las últimas, pero dice que se va a morir de un momento a otro y que no quiere morirse sin hablar contigo.

—Iré el fin de semana, te lo prometo. Dile que intentaré estar ahí el viernes, pero que, si no, el sábado estaré, el sábado, seguro.

Claro que no pude ir el viernes. El señor Matilla, mi jefe de Siniestros, un tiburón de ojos saltones que controlaba nuestros trabajos desde su pecera frontal, cuando le sugerí la posibilidad de salir de la oficina el viernes por la mañana un poco antes, a tiempo para coger el tren, me miró con una mezcla de escándalo y repugnancia y me respondió, tajante, que si quería seguir en la empresa, solo a ella tenía que considerarla mi abuelo, mi abuela, mi padre y mi madre, «con toda devoción filial», añadió, y en su complacida malevolencia había una piadosa circunspección.

*

Llegué a León el sábado a mediodía y me dirigí de inmediato a la casa del abuelo. En la mañana había un relumbre indeciso, de nubes que acaso querían llover, y yo recordaba las muchas caminatas que de niño hice con mi padre siguiendo gran parte de aquella misma ruta, tras

pasar ante San Marcos, donde estuvo preso Quevedo —lo que mi padre siempre recordaba— aunque en el último tramo, el que antecedió a la casa, la larga fila de chopos que antes flanqueaba la carretera había sido sustituida brutalmente por construcciones de pisos poco agraciadas.

Mi abuelo había levantado su casa en aquel lugar cuando todavía conservaba su condición de espacio rural, con praderas y arbolados que lo separaban del resto del pueblo. El edificio, aparte de ser la vivienda de los abuelos, estaba destinado a bar y a lo que entonces se llamaba «merendero», un restaurante para las fiestas, los fines de semana y las vacaciones, con un jardín y emparrados que protegían las mesas del sol. En la casa había también unas cuantas habitaciones, y durante el verano las ocupaban familias asturianas que venían desde el otro lado de la cordillera para «secarse», como se decía.

Mi abuelo era de origen campesino, pero había pasado algunos años en el seminario y otros en el extranjero, y sus viajes lo habían hecho descubrir algunos horizontes inusuales. Por ejemplo, la casa estaba diseñada con arreglo a ciertos patrones racionalistas, de arquitectura de vanguardia, «porque hay que estar con los tiempos», decía él; además, construida junto a la carretera de Trobajo, se encontraba a la orilla del Camino de Santiago, pero, como he contado en otra ocasión, mi abuelo, la primera

vez que me lo dijo, una noche sin luna, en vez de apuntar a la carretera señaló el rastro blanquecino de la Vía Láctea, dándome una idea muy peculiar tanto del emplazamiento de la casa como de la estimación que a mi abuelo le merecían las dimensiones del cosmos.

*

Lo encontré alicaído, la cabeza obstinadamente hundida en la almohada, y con bastante mal aspecto, pálido y flaco, y empeñándose en repetir que estaba en sus momentos finales.

—José Mari, me queda muy poco para palmarla — me dijo, nada más verme entrar en su cuarto.

Yo repuse, con eso que se llama mentira piadosa, que no le veía con mala apariencia.

—Qué apariencia ni apariencia. Esto se siente dentro. Esto se sabe. Ya he echado toda la pez.

—Es que se quiere dejar morir, como el ingenioso hidalgo —dijo la tía Sara, que también había entrado en la habitación.

El abuelo la miró sin acritud, al fin y al cabo era la hija que lo cuidaba, y le pidió que nos dejase solos.

—Claro que os dejo, pero si te levantas e hicieses un poco de ejercicio de vez en cuando, no estarías como

estás, anquilosado, medio tullido.

Que el abuelo, además de estar obsesionado con la idea de la muerte próxima, tenía otro motivo de desasosiego para él muy importante, quedó claro en cuanto salió tía Sara. Me dijo que me sentase, alzó el torso con mucha fijeza y habló con apresuramiento.

—¿Te acuerdas del peregrino? ¿El que había atropellado un coche? ¿El que recogimos aquellas navidades?

Claro que me acordaba. Había sido una experiencia tan rara que permanece enquistada en mi recuerdo como un nódulo de extrañeza. Pero fui cauteloso y no me apresuré a corroborarlo. Titubeé unos instantes, aparenté que hacía esfuerzos por recordar.

—Claro que tienes que acordarte —repitió—. Iba vestido como un peregrino antiguo.

—Ahora que lo dices...

Mi abuelo seguía con el torso alzado:

—No aprovechó la niebla para esconderse, José Mari. Yo me empeñé en darle una explicación lógica a su desaparición, pero lo cierto es que se desvaneció, se esfumó en el espacio, esa es la verdad, y no dejo de darle vueltas y vueltas en la cabeza. Seguro que había aparecido del mismo modo. Por eso aquel coche se lo llevó por delante. Recuerda lo que decía el conductor...

Aquellas navidades tan lejanas, mi madre estaba a punto de dar a luz a mi hermana, y a mi hermano y a mí nos mandaron a vivir las fiestas con los abuelos, lo que nos gustaba mucho, porque tenían cuerdas con cerdos, gallinas, conejos, un par de vacas, de modo que estar allí era participar también de la vida de una granja, y podíamos hacer excursiones por los alrededores silvestres.

Había mucha nieve y, aprovechándola, habíamos ayudado al abuelo a levantar delante de la fachada de la casa tres grandes monigotes, los Reyes Magos, con sus coronas de astillas, Baltasar con la cara y las manos incrustadas de pedacitos de carbón. Era de noche y estaba contemplándolas con curiosidad a través del cristal de la puerta del bar, pues el resplandor ponía en sus figuras de raros guardianes un suave perfil plateado, cuando vi llegar corriendo a un hombre que entró dando voces. Al parecer, había atropellado a alguien.

—¡Apareció de repente! ¡No pude verlo! ¡Necesito ayuda! ¡Creo que lo he matado!.

Mi abuelo y los clientes se pusieron los abrigos, salieron del bar y se perdieron en la negrura de la carretera. A mí el abuelo me había dicho que no saliese, que hacía mucho frío, y yo esperaba su regreso contemplando

la tiniebla un poco temblorosa en la que se desvanecía la superficie de la nieve alumbrada por la luz del bar, más allá de los tres grandes bultos de los monigotes de nieve.

Cuando regresaron, llevaban entre varios un cuerpo inerte vestido con una especie de túnica marrón. Tenía la cabeza cubierta de sangre y mi abuelo dijo que lo llevasen a una de las habitaciones y que fuesen corriendo a por el médico, que vivía en el pueblo.

— ¡Apareció de repente, lo juro! —repetía el conductor del coche.— ¡Como si me lo hubiesen puesto delante en ese mismo momento!.

El golpe había sido muy fuerte y el atropellado sangraba mucho. El médico, un hombre apacible de lentes gruesos, dijo que no comprendía cómo no había muerto en el acto, y contaron después que, tras desinfectar y vendar la cabeza del herido, no quiso que moviesen el cuerpo para llevarlo al hospital, porque acaso no lo resistiría...

Le habían quitado las ropas y las vi en el lavadero: la gran túnica estaba hecha de un tejido grueso y áspero, y debajo vestía también una especie de camisón de tela blanca, basta. Isolina, la joven criada de los abuelos, se reía diciendo que no llevaba calzoncillos, admirándose de las vendas de cuero que habían rodeado las pantorrillas del herido, por encima de unas abarcas también de cuero muy grueso, que tenían el aspecto de haber sido elabora-

das manualmente. El resto de sus pertenencias eran una pequeña capa y un sombrero, también de cuero grueso, un largo bastón con un extremo rematado por una pieza picuda, una gran calabaza seca, hueca, y un zurrón. Cosida al ala del sombrero mediante cuatro agujeritos, había una gran concha de vieira.

Para identificar al herido, que seguía inconsciente en la cama donde lo habían acomodado, mi abuelo revisó el contenido del zurrón, pero solamente encontró un manojo de papeles, muchos de ellos manuscritos, dentro de una carpeta de pergamino muy sobada, una bolsa que sonaba a monedas y que mi abuelo no abrió, una navajita, un cuenco de barro, y un atadizo de trapos que envolvía una caña fina cortada en un extremo que parecía sucio de tinta, y un frasquito tapado con un corcho que contenía una sustancia negra y fluida.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó el abuelo.

—¿Qué? —pregunté yo.

—Todo esto. Ese hombre es de lo más extraño.

*

Cómo iba a haber olvidado aquel incidente, con la cantidad de cosas insólitas que llevó consigo. Todo el atuendo era propio de aquellos peregrinos de los grabados

antiguos, o de las imágenes de santos cuando visten con esas trazas: la pequeña capa de cuero que llaman esclavina, el hábito de ese tejido que ya no se fabricaba, estameña, el camisón de lino muy tosco, también de aire antiguo y casero, como lo demás, el sombrero con la concha, el bordón aguzado en un extremo, y el resto de las prendas del atavío. También llevaba un cinturón muy ancho y con una hebilla que debía de haber sido hecha a mano por algún herrero.

—¿Pero de dónde ha salido este hombre? —preguntaba mi abuela.— Todo lo que lleva parece de la época de Maricastaña.

Fue sorprendente que la sangre se quitase con facilidad de las ropas, como si fuese una leve tintura, pero todavía resultó más chocante que el herido se recuperase con tanta rapidez. Al día siguiente, cuando el médico vino a visitarlo, ya había recuperado el sentido y parecía que las heridas iban cicatrizando muy bien, con lo que la gente se admiraba de su buena encarnadura.

Otra cosa rara: hablaba un idioma muy particular, una especie de francés, dijo el abuelo, que intentaba comunicarse con él hasta que descubrió que podían hablar en latín.

—Con el poco latín que recuerdo, es como mejor nos entendemos.

El herido había recuperado también el apetito y comió con muchas ganas. Y llamaba la atención la curiosidad con que observaba las cosas, la bombilla de la lámpara, el interruptor en forma de pera que servía para encenderla y apagarla, los utensilios para la comida.

Aquella misma tarde acompañamos al abuelo en una visita al herido y, mientras ellos hablaban, advertí en el peregrino esa actitud de curiosidad sorprendida con todo lo que lo rodeaba.

*

Al segundo día el herido se levantó, se puso su extraño atuendo, excepto la esclavina y el sombrero, y andaba curioseando por el bar, las cuadras, el jardín, observándolo todo con mucha avidez. Mi hermano y yo nos habíamos puesto a dibujar en nuestros cuadernos con lápices de colores y el hombre, al verlo, pareció muy sorprendido e hizo un gesto para que yo le dejase el lapicero. Lo miró absorto y luego cogió el cuaderno y quiso hacer en él algún signo, agarrando el lapicero con torpeza, apretó tanto que la mina se rompió, y a mí me pareció que era la primera vez en su vida que veía un lapicero.

El médico, en su nueva visita matinal, se quedó asombrado de lo que había sucedido con el herido. Estaba to-

mando un café en la salita y yo fui testigo de cómo manifestaba su sorpresa ante la evolución de las heridas del accidentado, que ya estaban prácticamente cicatrizadas.

—A mí este hombre me da un poco de miedo —confesó la abuela cuando el médico se hubo ido.— Es todo tan extraño, la ropa, el calzado, eso de hablar en latín, lo de curarse así, la cabeza rota, de un día para otro...

Mientras la abuela hablaba, el peregrino estaba también sentado en la salita, hojeando desmañadamente una revista, con ojos de evidente sorpresa.

—Yo ya sé lo que le pasa —dijo mi abuelo.— Esta mañana estuve hablando con él un buen rato. Es como don Quijote, alucina, se cree un peregrino antiguo, y además un peregrino famoso, el monje que escribió la última parte del *Codex Calixtinus*, el *Liber Sancti Jacobi*, la primera guía que se hizo, en el siglo XII, para recorrer el Camino de Santiago.

Al escuchar aquellas palabras en latín, el peregrino nos miró con interés y el abuelo le sonrió, señalándolo con una mano:

—Ahí lo tenéis, el mismísimo Aymeric Picaud, que está componiendo el *Iter pro peregrinis ad Compostellam*. ¿Nonne, Aymeric?.

El peregrino sonrió a su vez, y nos saludó varias veces con la cabeza.

A la hora de comer, el peregrino se atiborró. «Como si no hubiera comido en su vida», diría luego la abuela, y tras la panzada, dijo que iba a reposar, *requiescere*. Al parecer, por la tarde pretendía seguir su camino, pues conocía en la ciudad a un amigo clérigo, con el que tenía el propósito de pasar la noche.

—Este hombre me da miedo, es como un fantasma de otro tiempo —dijo mi abuela, y se santiguó.

—Venga, mujer, no digas esas cosas.

Entonces el abuelo me miró a mí con mucha intención:

—José Mari, recuerda lo que te he dicho tantas veces: sentido común, lógica, razonamiento. Cuando veas algo raro, utiliza todo eso. Este hombre no tiene nada de extraño más que el delirio que lleva dentro de su cabeza. Se cree un personaje del siglo XII y se ha acomodado totalmente a ello, en la ropa, en el habla, en su forma de comportarse. En ese cuaderno que lleva, toma nota de los tramos del Camino, con su cálamo mojado en tinta, convencido de ser ese personaje. Y las heridas se le curan enseguida porque eran aparatosas, pero solo rasguños. No hay otro misterio, y además la explicación es razonable. En caso de duda, aplica siempre la razón.

Aquella misma tarde, después de una larga siesta, el peregrino decidió continuar su viaje. Antes de irse se empeñó en pagar a mi abuelo el hospedaje, y le dio una moneda árabe antigua de oro.

Ya había muy poca luz y mi abuelo dijo que lo acompañaríamos por lo menos hasta San Marcos, para indicarle la calle que continuaba el Camino y que lo llevaría adonde él quería llegar, que llamaba, en latín, «Cenobio de San Juan y San Pelayo» y que mi abuelo dijo que era la actual basílica de San Isidoro. Nos abrigamos bien y echamos a andar. La tarde había ido trayendo niebla, que a veces formaba grumos espesos. Mi abuelo y el peregrino hablaban del frío— *frigus*— y del lugar al que el hombre se dirigía...

El trayecto estuvo desierto y solamente algún coche iluminaba el telón borroso de los árboles pelados. Tras pasar el puente, la mole de San Marcos formaba, a nuestra izquierda, un gran murallón oscuro. A pesar de las farolas, toda la enorme plaza estaba difuminada por la niebla. Mi abuelo señaló al fondo, a la calle difusa que el peregrino habría de seguir, cuando uno de aquellos grumos súbitos de niebla nos envolvió. Unos instantes después, al recuperar la visibilidad, el peregrino ya no estaba. En la soledad

de la plaza nevada, aquella súbita ausencia me asustó.

—¡Ha desaparecido! —murmuré, agarrando la mano del abuelo.

—Habrá echado a correr, se habrá escondido en algún sitio —repuso el abuelo, sin perder la tranquilidad.— Los locos hacen las cosas más inesperadas.

Sin embargo, en ningún lugar de la ancha plaza se veía rastro del peregrino.

—José Mari, sentido común, lógica. No puede haberse esfumado. Qué se yo lo que habrá hecho, aprovechando la niebla. Peor para él. Volvamos a casa.

*

Coloqué la almohada de manera que el abuelo pudiese tener la cabeza en alto sin esforzarse. El abuelo insistió:

—José Mari, yo entonces me negaba a aceptar esas cosas, insistí en darle una explicación racional a su desaparición, pero lo cierto es que se disolvió en el espacio. La plaza es enorme, lo hubiéramos visto por mucho que hubiera corrido.

Yo hablé con calma segura:

—No desapareció, abuelo, escapó, se escondió. Los locos hacen cosas imprevisibles. En aquel hombre no había más rareza que su manía. Cuando una cosa nos parez-

ca inusitada, hay que aplicar el sentido común, la lógica formal, has dicho siempre tú, y tienes razón. No hay fantasmas ni alteraciones del tiempo en contra de las leyes de la física. Se largó. No sé cómo, pero se largó.

Mi abuelo me miró con extrañeza, con evidente incredulidad. Habló otra vez:

—Nunca te conté que, al ver cómo se le habían curado las heridas, el médico se asustó y no quiso volver...

En el bolsillo derecho del pantalón sentí de repente como el tacto de una mano que parecía acariciar ese dinar de oro que el peregrino entregó al abuelo, que este me regaló a mí y que siempre llevo conmigo.

*

Era domingo, yo todavía estaba en León, y al atravesar el solitario puente de San Marcos camino del tren me crucé con una figura envuelta en su vetusto ropaje, que me recordó al peregrino. Lo dejé pasar y me detuve, conmovido por la sorpresa, pero cuando me volví para verlo con detenimiento, el transeúnte había desaparecido...

Qué sería del Camino sin las
Beltranas que, como esta que
imagina **Olga Merino**, cuidan
las llagas y las ampollas.
Aparca Merino aquí su memoria
personal, que le ha inspirado
libros prodigiosos, como *Cinco
inviernos* o *La forastera*, para
llevar al lector a los años
oscuros en que el camino se hizo
Camino.

El rastro de la Beltrana

Olga Merino

Me eché al camino rato ha, justo cuando clareaba el alba, pero si preguntáis de dónde vengo y cuál es mi nombre, a fe que no tengo respuesta. Muchos remoquetes me endilgaron, compañero caminante. A ella se le ocurrió llamarme Teodosio, «regalo de Dios», porque me encontró sin pretendello cuando estaba escondido en una covacha, con la cabeza abierta como granada reventona de tan madura. Me curó la brecha y me acogió en su casucha de adobes hasta que sané, y luego permanecí más lunas, y aún más luego toda la vida hasta el día de hoy. Ella enseguida me quiso bien, a su manera, por eso me puso Teodosio. En cambio ellos, los haraganes de los que venía huyendo, me decían Gorrión Pelado, Cagalindes, Gaznápiro, Escobillón y aun nombres peores, y también Coscurro o Tarugo, porque Dios hízome una cara fea de nariz caballuna, un cuerpecillo chico y una giba cual pan candeal bregado a mano. Aquel hato de vagamundos con quienes me ajuglaré hacían chanza desta corcova mía y decían chocarrerías, como que parióme una panadera y quedé lisiado al enhor-

nar, no sabiendo ellos que madre no conocí en la inclusa. Íbamos sin rumbo por esos senderos del Señor, por las ferias de ganado, por las cosechas y por las vendimias, con nuestras jocundias y cantigas. Hacíanme danzar al son de un pandero, con un cencerro amarrado al cuello y en la cabeza una corona de papel o una mitra de obispo, según los ánimos; ensartábamos bailes, cuchufletas y otros rebuznos que a los lugareños divertían, pues se carcajaban sujetándose las panzas. A veces nos soltaban confites, chacinas y algún vellón de cobre, cosa de poca sustancia para el pasar de los días.

Si bien lo cavilo, no fueron del todo ruines los años trashumantes, pero los bellacos con quienes me había acuadrillado me trataron como a un lobo en llegando a una villa en fiestas donde ocurrió un espantoso sucedido, pues algún quienquiera robó a un sacamuelas una talega bien preñada de ducados, y los vecinos señalaron a la caterva de bufones y ellos me culparon a mí, aun no teniendo yo el vicio de hurtar, «¡fue el giboso!, ¡ese, el de la joroba!», de suerte que comenzó a llover una zurrubanda de palos en la que me llevé la peor parte. Aquellos desalmados me abandonaron en una zanja de desagüe o tal vez fui yo quien salió huyendo dellos con la testuz abierta, bien no lo recuerdo, pues puse empeño en olvidar. Ya no quise más cuentas con ellos ni con chusma alguna.

Cuando me encontró la mujer, a quienes las gentes llamaban la Ermitaña, me llevó renqueando hasta su chamizo, donde me cosió la mollera con hilo hecho de tripa de oveja, y púsome luego bálsamo de huevo sobre la herida para que cicatrizara presta con sus oraciones. De primero, aun cuando ella creía que la condición natural de los hombres es vivir en sus predios de origen, allí donde se encuentren las tumbas de sus padres, no preguntó ni quiso indagar más allá de cuanto le conté. Así obré yo. Con el correr del tiempo supe que su nombre verdadero, el que le dieron en la pila bautismal, era Beltrana y que había sido lavandera en un hospital de peregrinos, no muy lejos de allí, pero quiso marcharse porque no era ella mujer de amos ni obediencias.

Dormíamos cada uno en su rincón, ella en jergón, yo sobre la paja, pero una malhadada vez en que me arrimé porque quise tocalla, la Beltrana me echó de la choza con el hurgón de atizar la lumbre, me retiró la palabra y la mirada, y me tuvo no sé cuántas noches durmiendo en la zahúrda con el cerdo y comiendo las algarrobas que el marrano me dejaba. No volvió a suceder y los días se reanudaron como si nada, porque están hechos para eso. La Beltrana se quedó conmigo porque le convino, porque hacía la leña, le cavaba los surcos del huerto, me subía al tejado a remendar las tejas rotas y acarreaba los fardos

cuando subíamos a la loma a por hierbas y las colgábamos luego en el secadero para orearlas o sacalles las esencias. A decir verdad, fui yo quien obtuvo más provecho de la ventura, pues todo cuanto sé de potingues, de sahumerios y de la vida misma se lo debo a ella, sin haber aprendido de letras ninguno de los dos. Lo guardo todo aquí, entretejo adentro, bien prieto, aunque aquellos desalmados juglares dijeran que iba carecido de sesera. Milenrama para la diarrea. Marrubio, que limpia el hígado y alivia los riñones. Serpol para restringir la sangre y para quienes no pueden respirar. La ajedrea de jardín cura el dolor de muelas; las aceitunas confitadas también confortan las encías y los dientes. No hay dolor de cabeza por saña que lleve que un cocimiento de hierba de San Juan no mitigue. Un emplasto de mejorana silvestre resuelve los cardenales, dando un gran olor. El poleo, el humo de dicha planta, mata las pulgas, y el de romero ahuyenta la peste y las serpientes. El vino de ajeno provoca la orina, sirve a los que tardan mucho en la digestión, corrige los estómagos estragados y extermina las purgaciones en las partes de hombres y mujeres. La verdolaga que me daba a beber la Beltrana refrena el demasiado apetito de la carne. Componíamos además un buen ungüento para el mal de pie, para las llagas y desollones, con aceite de oliva, camomila y malvas infundidas, ceniza de higuera, sebo de candela y

aguardiente, un unto harto eficaz que vendíamos con gran precio entre los peregrinos con caudales que volvían o se dirigían al solar de Santiago. Ella gustaba tanto de acercarse hasta el camino que me hizo armarle un banco de madera desbastada junto al roble para verlos transitar, ya fuera en sus sayales de arpillera o envueltos en terciopelos y brocados, a pie desnudo o bien sobre cabalgadura.

Creedme, amigo caminante, que aprendí en su choza a poner nombre y enmienda a las dolencias y padecimientos que infligen castigo a los humanos. La Beltrana reconocía enseguida a quien penaba por el tabardillo de las tripas, y sabía hacer cauterios y distinguir la pleuresía del mal de costado. Tenía mejunjes para la comezón de la sarna y el para garrotillo, que a los enfermos les hinchaba la garganta como un odre lleno de aire. Las fiebres tercianas las curaba con una cataplasma en las plantas de los pies a base de ruda, dos o tres cabezas de arenques, cuanto más añejas mejor, varios dientes de ajo y un pellizco de levadura, que yo majaba en un mortero de mármol. La Beltrana no quería leprosos en sus pagos, y me aguijaba a mí para que yo los devolviera al camino con la hoz o la llama de una tea. No los quería porque no conocíamos remedio para su mal.

En el año de la gran mortandad, cuando a las hembras y a los varones les nacían en las ingles y en los sobacos

unas hinchazones grandes como manzanas, que apestaban a paja podrida, nuestras rentas menguaron hasta que se echó sobre nosotros la negrura. Tuvimos que encerrarnos en la casa con la tranca en la puerta y masticar raíces cuando se acabaron las viandas del cobertizo. No había grano ni aun pagando su peso en oro. El camino se vació de peregrinos, y no deambulaban sobre el polvo sino el viento y el eco de fantasmas que arrastraban sus cadenas. Pero cuando volvió la luz lo hizo con un estallido de flores y abejas en los campos. Se llevó su tiempo pero regresó la alegría, como lo hizo la caudalosa corriente de romeros que desfilaban para postrarse a los pies del apóstol. Nos sentábamos en el banco a venderles huevos de gallina para reponer fuerzas, a ofrecerles nuestros remedios y por la simple afición de verlos pasar, frailes y señores, damas y penitentes que anhelaban el perdón de sus pecados y fechorías, ciegos con sus zanfonas, saltimbanquis moros, las gentes de la sopa boba, goliardos, estudiantes, enfermos, escribanos y pedigüenos... Así se reanudaron las estaciones.

Poco más puedo referirle, amigo caminante, pues la vida cabe en un puño. Hasta que hace cuatro jornadas la Beltrana desapareció antes de que el sol saliera: cuando desperté, ya no estaba en su yacija. La he buscado en la loma, donde nace el arroyo, en la covacha donde me en-

contró, y he preguntado por ella en el viejo hospital sin que nadie me dé razón.

Esta mañana he enterrado la llave de la casucha bajo el banco del roble y me he echado al camino. Sigo su rastro en el aire. Huelo que la Beltrana también quiere hincarse ante el santo antes de morir y sobre todo conocer el mar.

Susana Pedreira escribe con la voz, en la radio, llenando Galicia de historias. Nadie como ella podía contar qué significa crecer en la tierra del camino, en los pueblos por donde pasa, estudiar en la ciudad a la que llega y estar atenta a la forma sutil en que cambia el paisaje.

Vivir en el Camino

Susana Pedreira

Nací lejos pero crecí en él. Atraviesa el pueblo en el que cumplí los siete años y en el que viví hasta irme a la Universidad. Mi ciudad universitaria es más suya que de nadie y la ciudad en la que ahora vivo y trabajo también está en su mapa. Me persigue. O yo voy detrás, no lo tengo claro. Es más que probable que la mitad de los pasos que he dado en mi vida los haya dado sobre él. Para ir al colegio, para ir de compras, para tomar cañas y cafés, caminando a la facultad cada día durante cuatro años, para ir a trabajar a diario, para tener citas, para volver a casa sola o acompañada... Es testigo privilegiado de dichas y desdichas, de mis pasos más enérgicos y de los más desgastados. Ojalá haber sumado todos esos pasos y kilómetros, pero soy de los ochenta, nací en 1983, y no me instalé en el móvil el querido y tirano podómetro hasta 2021. Así, a ojo, calculo que merezco como mínimo diez Compostelas. Soy tan peregrina como la que más.

Nunca hice el Camino de Santiago pero vivo en él desde que tengo siete años. Y eso a pesar de haberme mu-

dado de pueblo y ciudad tres veces desde entonces. Así de difícil es dejar de vivir en el Camino cuando el lugar que habitas se llama Galicia. Tres décadas después de instalarme, estoy segura de que el Camino es como el París de Vila-Matas: no se acaba nunca.

Crecí en lugares atravesados por él, aunque confieso que nunca me atravesó a mí. Me limité siempre a pisarlo sin épica, a observarlo sin más, a guiar a quien llegaba caminando y preguntando por el albergue, por la tienda de *souvenirs* más cercana o por la mejor pulpería. Confieso que criticaba a los peregrinos después de darles la información con la mejor de mis sonrisas y orgullosa por lo bien que me había explicado con mi inglés de EGB. Aunque tal vez he sido una ilusa y el Camino me ha atravesado más de lo que yo pensaba, porque nunca compro *souvenirs* cuando viajo ni como pulpo por deseo propio: siempre que lo hago es para complacer a alguien. Traumas de vivir en el Camino, de instalarte con siete años en un pequeño pueblo gallego llamado Melide, inicio y fin de etapa del Camino Francés y de la ruta más antigua: el Camino Primitivo. Las pulperías y los albergues brotaron allí como las setas en otoño, pero se quedaron para siempre.

Nunca entendí a los peregrinos. Ni a ellos ni a ellas, ni a sus calcetines altos con chanclas; no entendía sus

ampollas, tampoco su cansancio feliz, ni sus quemaduras por el sol en verano y sus mojaduras por la lluvia el resto del año. ¿Qué necesidad? Esa pregunta lanzaba al aire siempre, con tono de superioridad. ¿De verdad lo hacían sin estar obligados? Yo, la que vivía en el Camino, juzgaba al que caminaba kilómetros y kilómetros para hacer noche en Melide, para madrugar al día siguiente y llegar a Arzúa. Ja. Imaginaba su decepción al llegar a Arzúa. Hasta me alegraba un poco y sonreía malvadamente. Los de Melide entenderán lo de la decepción y la sonrisa malvada. Los de Arzúa se enfadarán, pero lo siento, es una guerra vecinal histórica que no ha desactivado ni siquiera esa supuesta paz de espíritu que representa el Camino.

Después de ganarme aproximadamente cuatro Compostelas que nadie me dio, me mudé para ir a estudiar a la Universidad de Santiago. Estrategia magnífica para dejar de vivir en un lugar atravesado por el Camino. Me fui a la meta. ¿Qué necesidad? Bueno, la necesidad de estudiar Periodismo para acabar presentando un programa de radio llamado «Gente Viajera de Galicia» y otro que se llama «Un alto en el camino». Es obvio que me persigue.

En Compostela no tardas en descubrir que la vida de estudiante tiene mucho de peregrinación. No eres de allí, así que durante un tiempo sientes que estás andando por tierras extrañas. Vas cada día a la facultad como quien va

en romería a un santuario por devoción. Una estudiante siempre tiene problemas, así que andas de un lugar a otro buscando o resolviendo algo. Por no hablar del viaje de cada viernes para volver a Melide y cruzarte en dirección contraria con todos los peregrinos que avanzaban hacia la meta que tú dejabas atrás durante el fin de semana. ¿Y el domingo qué? Vuelta a peregrinar a Santiago. Tres etapas de golpe, adelantando sobre ruedas a todas esas personas que estaban de ruta fuese cual fuese la estación del año. ¡Incluso en domingo! ¿Qué necesidad? ¿De verdad lo hacían sin estar obligados? Eso volvía a pensar a bordo del autobús Freire cargado de estudiantes que hacíamos nuestro propio y cómodo —aunque resacoso— camino. Peregrinar en el Freire a Compostela es algo común a muchas generaciones de estudiantes gallegos que cada domingo regresábamos a la meta del Camino y cada viernes de nuevo al hogar. Los estudiantes éramos también peregrinos como los que más.

Esa ruta Lugo-Santiago-Lugo era el emblema de la empresa Freire. Hablo en pasado porque desde el año 2020 su flota de autobuses ya no cubre el Camino. Ese peregrinaje común a todos los universitarios que vivíamos en los pueblos ubicados entre las dos ciudades gallegas ya no podemos hacerlo a bordo del Freire. No podemos citarnos en las paradas ni usar la expresión que hereda-

mos de nuestras abuelas: «el coche de línea». Íbamos a Santiago en el coche de línea y en Palas de Rei, Melide, Arzúa, Arca (O Pino), en todas esas etapas del Camino Francés, el coche de línea tenía nombre propio: el Freire. Lo saben también los peregrinos porque ese autobús es memoria compartida por los que vivíamos en el Camino y por los que lo hacían. Recuerdo un artículo maravilloso de Miguel Anxo Murado en el que, como buen lucense, se despedía del Freire cuando la empresa anunció que ponía fin a su ruta y describía a la perfección a sus viajeros: «un pintoresco contingente, una especie de sóviet de estudiantes y campesinos, pero sin sóviet: unos de camino a la Universidad y otros rumbo al mercado de Melide o de Arzúa. Se subían peregrinos que, hartos de andar, hacían trampa, y señores que iban al médico a Santiago». A esos peregrinos que Murado llama tramposos yo siempre los respeté muchísimo, los entiendo mejor que a los otros y por eso prefiero llamarlos ansiosos.

El Camino era el paisaje durante ese viaje semanal de ida y vuelta para cientos de personas que vivían en él pero que nunca lo hacían. Lo observábamos sobre ruedas y desde las alturas. Por encima del hombro mirábamos a los peregrinos con nuestras cabezas apoyadas en la ventana del bus y nuestros pensamientos agitados por el traqueteo de la carretera nacional que discurre paralela a

muchos tramos del Camino. No nos atravesaba, discurría en paralelo a nuestros viajes monótonos y a nuestras vidas. El Camino tiene a quien lo habita y a quien lo hace. Y, a veces, lo entiende mejor quien está de paso que quien lo pisa a diario.

Ser estudiante en el Campus de Compostela significa justamente eso: pisarlo a diario. Es muy probable que pases cada día por delante de la meta del Camino: la Catedral de Santiago. La gente cruza el mundo caminando para llegar aquí y nosotros hasta nos olvidamos de mirarla. Eso pensaba yo cada día. Puede sonar extraño, pero me obligaba a levantar la cabeza para admirarla, aunque fuesen las ocho y media de la mañana, tuviese sueño y el viento me rompiese el paraguas. Porque eso no te lo cuentan en las guías oficiales, pero es la gran verdad del Obradoiro: si hace viento y llueve, te quedas sin paraguas. Tal vez si eres peregrino no te importa, porque ya llegas curtido, pero si eres un común mortal acabas cambiando de ruta y saliendo del Camino aunque te pierdas el espectáculo catedralicio.

Calculo que durante esa etapa universitaria en Santiago me gané otras cuatro Compostelas. Y ya van ocho. Son muchos pasos y kilómetros los que debes dar para licenciarte, probablemente unos 100 km por año. Como los que hace un peregrino desde Sarria. Justo los necesi-

rios para que le otorguen la Compostela. Pues bien, yo no llegué al Obradoiro, lloré en la Plaza, me tiré en la piedra, contemplé la inmensidad de la Catedral —más inmensa desde el suelo—, le di el croque al Santo, me purifiqué con el botafumeiro y me largué. No. Yo viví y caminé cuatro años por la ciudad. Incluso en turno de noche, que siempre se cotiza más.

Aunque hay algo que sí tienen en común los peregrinos y los estudiantes universitarios en Santiago de Compostela: son el alma de la ciudad, con permiso de sus habitantes. Los pobres picheleiros sufren a unos y a otros pero, al mismo tiempo, saben que no pueden vivir sin ellos. Hay diferencias, eso sí: los peregrinos se van, mientras muchos universitarios nos quedamos y Santiago pasa a ser nuestra ciudad. Por lo menos, así la sentimos. Ya no peregrinas por ella, ya eres de ella. Como antes eras de Melide. Y todo vuelve a empezar. Vuelves a convertirte en guía local, a pisar el Camino a diario pero sin épica y a observar a los que llegan exhaustos después de caminar durante días. La verdad es que allí, en la meta, sigues sin entenderlos demasiado.

Quizás ellos tampoco entiendan una ley no escrita que acaba por cumplirse antes o después: si no has nacido en Santiago, acabas huyendo. Huir de una ciudad a la que peregrinan cientos de miles de personas cada año tiene

algo de rebeldía. Te vas del lugar por el que otros suspiran. Es bonito verlo así: me rebelé contra Compostela y me mudé a Pontevedra. Pero sería un engaño. La realidad es que me quedé sin trabajo y no hay devoción mayor para peregrinar a otra ciudad que una oferta de empleo cuando estás en el paro.

El Camino sigue bajo tus pies en Pontevedra, y la vida te brinda la oportunidad de seguir ganándote Compostelas que nadie te da. Calculo que me corresponden otras dos. Y llegamos a las diez. La ciudad se reivindica a sí misma como la capital del Camino Portugués, y nadie se atreve a negárselo. Después de ganar la batalla de la capitalidad provincial a Vigo en el siglo XIX, ni Abel Caballero con todas sus luces de Navidad es capaz de discutirle a Pontevedra que aquí no solo empieza la cuarta etapa del Camino Portugués y la sexta del Camino Portugués de la Costa, sino que aquí está la capital de la ruta que ya rivaliza con el camino Francés en éxito de afluencia. Es tan obvio el estatus de Pontevedra que Caballero apostó por pelear la capitalidad mundial de la Navidad, pero renunció a dar la batalla por convertir a Vigo en la capital del Camino Portugués.

En Pontevedra aprendes a disfrutar de tus pasos. Es la ciudad gallega que más ha apostado por recuperar espacio público para las personas. Aquí realmente vives ca-

minando, así que ya no hay salida: es hora de claudicar y entender. Además, si vives en Galicia y el Camino te persigue mudanza tras mudanza, se merece una oportunidad. Si en algún lugar del mundo hay que claudicar, que sea en Pontevedra. No es Melide, no es Santiago. Aquí el paisaje cambia. Pero sigue siendo el Camino y tú sigues viviendo en él. Sin darte cuenta ya vas pisando con más épica sus calles empedradas, ya miras con otros ojos a los peregrinos, entiendes por qué disfrutan con cada paso y hasta imaginas que tal vez algún día te unas a ellos. Así, por fin, alguien te daría una de esas diez Compostelas que llevas años ganándote como habitante del Camino Francés, primero, y del Portugués, después.

Cuando el paisaje que acompaña tu vida y tus rutinas no desiste nunca, te sigue y te persigue, al final, acabas asumiendo que tú formas parte de él. Que los que vivimos en el Camino somos realmente el paisaje para los que llegan. Y a mí ahora me gusta ser paisaje, no necesito entender nada más. Si yo vivo aquí, ¿cómo no entender a quien se ilusiona y se esfuerza por venir? Solo hay un motivo y yo vivo en él: Galicia.

Noemí Sabugal es una cronista exhaustiva y enciclopédica que recorrió cada mina de España para narrar el fin del mundo minero en *Hijos del carbón*. Desde Ponferrada, donde vive y trabaja, ha visto cómo se transforma el Camino y cómo el Camino ha transformado los lugares por donde pasa. En vez de lanzarse al espacio abierto, en esta pieza ha buscado el escondite de un convento, la vida eremita entre tanto tránsito.

Eremitas en los tiempos del Metaverso

Noemí Sabugal

Dentro suena un timbre. El chico que ha traído la carretilla hasta aquí —un patio interior, cerrado— espera y revisa unos papeles. Al rato, una voz llega a través del torno. No entiendo lo que dice. El chico responde algo así como que tiene el pedido. Se agacha hacia la carretilla, coge la caja de madera con zanahorias, acelgas, naranjas, y la pone en el torno de madera. El torno gira y la caja desaparece. El torno vuelve a girar y aparece un billete pequeño, algunas monedas. El chico coge el dinero, se despide y sale del patio interior, cerrado.

Hay un aire oscuro pegado a las paredes de la iglesia. Cada poco la oscuridad se retira y su espacio lo ocupa una luz quebradiza. Las paredes se hinchan y se deshinchán con el paso de la oscuridad a esa luz que late en una vela. Es una respiración.

El suelo de madera de castaño brilla. Sobre él me espera la persona a la que pertenece la voz que salía del torno. Es una voz de musgo que se crece en ecos. Una voz que dice: ya mi madre quería ser monja pero sus padres

no la dejaron. Y en la que hay orgullo cuando afirma: yo lo conseguí, fui la primera que deshice el nido, la primera que salió de casa.

—Desde Fresnedo del Sil tuvimos que ir a Astorga para confirmarme porque yo estaba sin confirmar. Y para bajarme del pueblo aquí para conocer a las hermanas, tuvimos que ir en un burro grande que teníamos. Mis padres eran labradores, sembraban centeno. Éramos trece hermanos, catorce, porque una murió. La realización de mi vocación se la debo a mi madre. En el momento en que le dije que quería ser religiosa llevó una alegría muy grande, como que se esponjó.

Sor Rosario, esta mujer menuda, tenía quince años cuando entró en este convento de clausura de la Anunciada, en Villafranca del Bierzo, León. Lo que más le sorprendió fue la luz eléctrica. En su casa no había. Han pasado sesenta y seis años desde que aquella adolescente quedó fascinada por el filamento incandescente de una bombilla. Sor Rosario es ahora la abadesa.

—En el convento somos cinco hermanas. La mayor es hermana carnal mía, Rosalía. Tiene noventa años. La más joven, sor Carmen, setenta y algo.

En estos tiempos del Metaverso y de la realidad aumentada, un convento de clausura parece algo salido de entre los fósiles de la tierra. Algo que no ha cambiado

nada. Pero no es del todo cierto. Sor Rosario tiene móvil, aunque apenas lo usa y siempre se le olvida las pocas veces que sale. Y hay televisión, radio, ordenador con conexión a Internet y un correo electrónico del que se encarga sor Carmen. Redes sociales, no. Aunque apartadas, están conectadas a las cosas del mundo. Por eso hemos hablado de la guerra en Ucrania y de las últimas noticias sobre los contagios de coronavirus. Apenas, pero también notaron el confinamiento por la pandemia, esos meses silenciosos en los que nadie acudía al torno, sólo el panadero.

—Es muy distinto hoy de antes —dice sor Rosario—. Por la reducción de personal hemos tenido que eliminar muchas cosas. Como las penitencias, que nos hacían tan felices, y que fue de lo que más me impresionó cuando llegué. Quizá hoy no se entienda pero entonces se daba la disciplina, que seguro que ya nadie sabe lo que es. Algunas disciplinas eran de hierro, pero esa había que tener permiso para usarla, el resto eran unos cordones que al final tenían algo más duro. Y no sabes la impresión que era ver a treinta y tantas monjas, repartidas en dos filas, en un coro como el nuestro de grande, dando la disciplina, todas a un tiempo.

*

Tiene los pies descalzos. Con cada uno de ellos aplasta a una serpiente. Una se revuelve e intenta morderle. Hay otra serpiente y un escorpión y un sapo y un dragón pequeño con tres cabezas. Son los pecados y las tentaciones entre las que camina Dídimo el Ciego. A pesar de su condición, no sólo sabe adónde va sino que lee las Sagradas Escrituras en el libro que tiene en la mano izquierda. Dídimo y los pequeños monstruos están en un bosque con robles, un arroyo, cuatro cabañas de madera y un claro al fondo, desbordado en luz dura.

En todos los cuadros, los eremitas están en primer plano. Al fondo, el mundo. Castillos, puentes, molinos, pueblos, iglesias, rebaños. La distancia entre ambos muestra su alejamiento. Calupano reza en su cueva-refugio y Marcio golpea una roca para crear la suya, en la que dormirá en una cama de piedra. Juan el Ermitaño ni siquiera tiene eso: no se acuesta jamás. Para purificar una juventud alocada, Bavón vive en el hueco de un árbol y se alimenta de agua y bellotas. Eulogio, Disibodo y Evagrio el Póntico leen bajo otros árboles o en una pobre choza vegetal. Lifardo, rezando, acaba de partir en dos la gran serpiente que subía por su bastón.

Desde Roma, estos ermitaños recorrieron un camino de agua para llegar hasta el monasterio de la Anunciada. El Archivo Capitolino romano guarda el contrato firmado

en 1601 entre Pedro de Toledo, quinto marqués de Villafranca, y los pintores flamencos Wenzel Cobergher, Paul Bril, Willem I van Nieulandt y Jacob Frankaert I.

Cuando estos pintores remataron las sombras de los bosques en los que se refugian los ermitaños, los subieron en un barco en Nápoles y los bajaron en el puerto de Cartagena. Desde el Mediterráneo hasta este noroeste de nieblas, completaron su viaje en carros. Joan Bosch Ballbona, profesor de Historia del Arte en la Universidad de Girona y experto en los ermitaños de la Anunciada, ha certificado esta ruta en documentos del Archivo Ducal de Medina Sidonia, en Cádiz.

El marqués encargó noventa cuadros pero la mayoría se han perdido. Por los conventos de clausura también pasa la historia: las guerras napoleónicas primero, la desamortización después. Sólo quedan treinta ermitaños. Algunos, en el interior del monasterio, no se pueden ver. La mayoría cuelgan en su iglesia, oscurecidos por el tiempo y el olvido.

*

—Los franceses utilizaron el panteón antiguo como caballeriza. Y los documentos del archivo, para los caballos. De legajos que hemos podido recuperar he quitado

yo excrementos. Algunas monjas intentaron escapar por la huerta y en la tapia las mataron, otras se fueron como pudieron a casa de sus familiares. Las supervivientes volvieron después de siete años y se encontraron con un destacamento de soldados. Los habían dejado aquí abandonados, medio muertos de hambre.

Sor Carmen es la monja encargada de los archivos. Cuando habla de estas cosas me parece que su velo se agita y está a punto de echar a volar hasta la cúpula de la iglesia. Es el viento que provocan las alas del Ángel de la Historia, que vuelve su rostro hacia el pasado y es empujado de espaldas hacia el futuro, como lo describió Walter Benjamin.

Y lo siguiente, que es anterior en el tiempo porque se trata de la fundación de este monasterio, lo contará con tanto entusiasmo como si fuera la vida de una amiga, como si hubiera estado allí.

—Porque, claro, su padre le tenía preparado el marido, quería casarla con el duque de Braganza. Era la niña de sus ojos. Pero, ay, ella quería ser monja, y su padre le dice que no, que son ideas que su tía, que estaba con las dominicas, le mete en la cabeza. Y la lleva al castillo de Corullón. La aísla de su tía y pone a sus hermanos, que tenían trece y quince años, a custodiarla. Pero ella se descuelga por una ventana con la ayuda de las criadas, que ya

es valor, porque se lastimó en una cadera, y cojeando se fue con su tía, y ya empezaron los monjíos.

Para esa novicia, María, después María de la Trinidad, hija del marqués Pedro de Toledo, se construyó este convento. En su claustro, se dice que plantado por ella misma, lo que significaría que tiene cuatrocientos años, hay un altísimo ciprés catalogado entre los Árboles Monumentales de España. Antes del monasterio, en este lugar había un hospital de peregrinos del Camino de Santiago.

—Cuando el marqués decide construir el convento para su hija, se le exige que no deje de prestar ese servicio de asistencia a los peregrinos y entonces el hospital se traslada. Y hasta que se termina de construir el convento, las monjas usan las dependencias del antiguo hospital — me cuenta Cristina Dapia, técnica de Turismo.

Villafranca del Bierzo es una parada importante en el Camino de Santiago. No sólo porque está en la última etapa antes de entrar en Galicia, sino porque es el único lugar, además de Santiago de Compostela, en el que los peregrinos pueden conseguir el Jubileo. Algo que sólo ocurre si están demasiado enfermos para afrontar el siguiente tramo, con la subida rompepiernas a O Cebreiro. Por eso en la iglesia de Santiago, en un alto de esta villa achuchada entre un paisaje de vides retorcidas y ahora desvestidas

por el invierno, hay una Puerta del Perdón que, como la de la catedral gallega, sólo se abre en los años jacobeos.

De la misma tierra roja en la que la vid cumple año a año su ciclo —poda, lloro de la savia, primeras hojas, floración, envero y vendimia— salen las lápidas del cementerio que hay junto a la iglesia de Santiago. Antes de irme entraré en él y me detendré ante la tumba de Antonio Pereira. En sus *Cuentos de la Cábila* mostró la Villafranca de su niñez y en uno de ellos sostuvo, precisamente, que los muertos nos educan a los vivos.

*

En los pueblos de la comarca se creen que todos los de Villafranca somos marqueses, decía Pereira. Y lo decía con una retranca que crece aquí como en Galicia, igual que las berzas altas con las que se hace el caldo con patatas y unto que los gallegos llaman gallego y los bercianos, berciano. El propio Pereira aprovecha la confusión, o la duda, para ennoblecer un poco a su familia y cortejar a una chica de Cacabelos, el pueblo de al lado. Aunque el suyo no era el caso —su padre tenía una ferretería, un negocio que él continuó— cuando paso por la Calle del Agua tengo que creer que algo de verdad hay en eso.

Crece en esta calle de piedras viejas las casonas señoriales con escudos y entradas de grandes arcos. El abandono de la mayoría atestigua que las glorias de esta villa son glorias antiguas. En una de las más destartalladas, con ventanas huérfanas de cristales y de las que se escapan, en jirones, los fantasmas de las cortinas, nació el escritor Enrique Gil y Carrasco.

Protegido de Espronceda y colaborador en los principales periódicos de su época, el joven Gil terminó sus días en el frío de Berlín. Allí se hizo amigo de Alexander von Humboldt y fue enterrado en el cementerio de Santa Eduvigis. A finales de los años ochenta, sus huesos fueron sacados de la tierra, volvieron a casa y ahora están en la iglesia de San Francisco.

El quinto marqués de Villafranca y su hija María duermen su propio sueño en la cripta del convento de la Anunciada. Su túmulo funerario está saturado de mármoles italianos.

—Cuando vinieron los franceses, los huesos de San Lorenzo de Brindis no les interesaban, así que por lo menos nos han quedado las reliquias —dice sor Carmen, con su velo tremolando históricamente—. Pero el cuerpo del marqués estaba en una caja de cinc, cubierto por terciopelo, y la abrieron pensando que tenía tesoros. Al final

robaron los botones y los entorchados de oro del traje que llevaba.

La luz en la iglesia no ha cambiado pero sé que se acerca la hora de comer. Las monjas se levantan pronto, seis, seis y media, y aquí todo tiene un ritmo casi secreto. Como además de ser la abadesa, sor Rosario se ocupa de la cocina, antes de despedirme le pregunto qué va a preparar hoy. Algo de pollo, verduras, dice. Al salir, oigo cómo sor Carmen gira la llave en la cerradura. En su mano afilada vi antes esa llave: grande y pesada como un cielo cargado de nubes. El convento se cierra de nuevo sobre sí mismo y en el claustro, abrigados por el ciprés centenario, los pájaros han empezado su siesta.

En la vida de todo periodista
hay un momento de riesgo en
que tu redactor-jefe te manda
a hacer el Camino. Si Rosa
Belmonte esquivó la bala,
Karina Sainz Borgo la recibió
con gusto y la exprimió a
fondo. La suya es la mirada
curiosa del cronista, la de
quien mira como si no fuera
con ella, pero no puede evitar
contagiarse de todo lo que ve.

Todas las voces conducen a Santiago

Karina Sainz Borgo

Son las diez de la mañana. En el número treinta y tres de la rúa das Carretas, un centenar de personas espera frente a la Oficina del Peregrino para obtener su Compostela, el documento que acredita haber cumplido al menos cien kilómetros de cualquier ruta Jacobea. «¡Cuatrocientos veintisiete!», «¡Cuatrocientos veintiocho!», «¡Cuatrocientos... veintinueve!». Aunque hay pantallas que informan, el guarda sigue enumerando en voz alta. Afuera llueve. El agua no parará hasta la hora de comer. Bienvenidos a Galicia.

Al menos siete caminos conducen a Santiago de Compostela, la tercera ciudad de peregrinación del cristianismo junto con Roma y Jerusalén. Desde el descubrimiento del sepulcro del Apóstol en el siglo IX, la ruta se convirtió en territorio compartido. «Europa se hizo peregrinando hacia Compostela», reza una inscripción en la rúa de Aller

Ulloa. Peregrinar es un rito común a la mayoría de las religiones, pero también una industria, y en Galicia más. En 2019, más de 350.000 personas llegaron a la ciudad para completar al menos un tramo del Camino. Aquella fue su cifra récord, pero llegó 2020 y con este el Coronavirus: las visitas se desplomaron un 80% debido a las restricciones de movilidad para controlar la pandemia.

«El sentido está en el camino»

A la plaza del Obradoiro, a estas horas cubierta con una boina de nubes negras, no paran de llegar peregrinos. El Camino de Santiago tiene una sola meta, pero infinitos puntos de partida. Julieta y Alessandra vienen de Italia. Comenzaron en Saint-Jean-Pied-de-Port, estación del Camino Francés, que han completado después de recorrer durante un mes Roncesvalles, Pamplona, Logroño, Burgos, León, Astorga y Ponferrada, hasta entrar en Galicia por O Cebreiro. Alessandra, que es psicóloga, deseaba vivir la experiencia, pero Julieta es algo más escéptica. «Todos han intentado venderme algo», dice mientras despliega el acordeón de credenciales y sellos que certifican su expedición.

Madrugadora como las italianas, una familia llega al Obradoiro desde Oporto. Los mueve más un cambio de ciclo que el fervor religioso. «Vivimos en Londres durante diez años, ahora hemos vuelto a Portugal. Hemos hecho el camino para empezar todo de nuevo», explica Marcos, que lleva el cabello recogido en un moño rematado por tres plumas. Su madre Teresa y su hermana Tatiana asienten, pero al momento de hablar, un nudo de llanto les impide continuar. No son las únicas a las que les ocurre. Paco, que viene desde O Cebreiro con su esposa Alicia, descansa con un Fox Terrier de cinco meses en brazos. El animal tiene aspecto de estropajo: está calado hasta las orejas, y aunque el dueño intenta describir qué siente, apenas puede hablar de la emoción. «Es el Xacobeo más difícil de todos», gimotea.

«El sentido del Camino es el Camino mismo. Es una búsqueda en la que es importante el esfuerzo físico. La dureza del camino es una lucha de la dureza contra ti mismo», intenta explicar el periodista y escritor Pedro Cuartango sobre el entramado de euforia y abatimiento de los peregrinos que completan su ruta. Tiene razón Cuartango y las voces de quienes se reúnen esta mañana en Santiago lo demuestran.

Perdón de los pecados en cinco idiomas

En Santiago la Fe crece como un pan mojado. A las once de la mañana llueve aún con más fuerza, pero eso no disuade a los que aguardan en la Praza da Quintana de Vivos para acceder a la Catedral. En una hora se celebrará la misa del Peregrino. Cuando aún estaba vigente la reducción del aforo al 50%, podían entrar 220 personas, no más. Cuando coincide con año Santo Compostelano, hay más feligreses y viajeros con interés por conocer esta iglesia que comenzó a construirse en 1075 y hoy es conocida en todo el mundo como Bien Cultural Patrimonio de la Humanidad.

Dentro de la catedral se habla poco y en voz baja. Las personas se mezclan y miran deslumbradas todo cuanto las rodea: el coro de piedra, el sepulcro o el botafumeiro, el incensario de plata que cuelga desde lo alto (se necesitan ocho personas para moverlo) y que se usa en contadas ocasiones solemnes. Aunque el acceso está restringido, uno de los lugares más visitados del templo es el pórtico románico de la Gloria realizado por el maestro Mateo, el más grande de los arcos de la catedral y su tímpano está presidido por la figura del apóstol Santiago.

Tras la restauración que devolvió la policromía a sus figuras, las visitas están restringidas y así permanecen debido a las medidas sanitarias impuestas por la Xunta: sólo 25 personas por turno. Se celebran cuatro en la mañana y cuatro en la tarde, lo cual supone un total de 300 personas. Para subir a la Torre Norte o de la Carraca, desde donde se ve toda la ciudad, los grupos se reducen a 15. Todo está medido y controlado. El sepulcro del Santo es el lugar de la catedral donde más recogimiento se percibe, aunque también lo hay en las capillas laterales donde los sacerdotes imparten la confesión en inglés, francés, alemán y español. Pórtico, sepulcro y perdón de los pecados, todo en uno. Aquí el que no cree es porque no quiere.

El verano es mano de santo para el Camino, todavía más en año Xacobeo, dice Segundo Pérez, antiguo Deán y Delegado de Peregrinación, que entra a su despacho tras impartir la misa de las doce. «En enero del año siguiente a la pandemia, en 2021, emitíamos dos o tres Compostelas al día, ahora hacemos más de mil. Antes de la pandemia, en un día como hoy, víspera del Apóstol, entregábamos dos mil». Este año abundan los españoles, e incluso los gallegos, más que los extranjeros, asegura, aunque los pasillos están repletos de portugueses, franceses e ingleses. «Aquí, en Santiago, hay misas en inglés todo el año. Des-

de hace cinco años, un sacerdote filipino es quien atiende a los peregrinos de habla inglesa. Las misas las damos los canónigos, que somos once, y en las confesiones hay unos veinte, son sacerdotes jubilados o extranjeros».

Convencidas y conjuntadas

Las mujeres de la familia López-Cuevas llegaron a un acuerdo. Harían todas juntas el camino de Santiago, con una condición: no las acompañaría ningún hombre. Daba igual que fuese un marido, un hijo o un hermano: ellas comenzarían y acabarían su travesía sin varón alguno. Salieron las ocho desde Granada, la ciudad en la que viven, y comenzaron su recorrido desde Sarria, en Lugo, uno de los puntos de inicio más conocidos del Camino Francés, a cien kilómetros de Santiago de Compostela.

Convencidas y conjuntadas —la mayoría lleva mascarillas color rosa—, comenzaron su caminata el 18 de julio y acabaron el 22. «Terminamos ayer, pero no conseguíamos número y nos hemos quedado», dice una señalando la fila de personas que esperan ser atendidas en la Oficina del Peregrino. «Yo no me voy sin la Compostela», le contesta su sobrina. «¡Ni yo!». Se quitan la palabra la una a la otra, pero ninguna aclara los motivos exactos por

los cuales han dejado a los hombres en casa. «El año pasado fue tan malo, pero tan malo, que decidimos juntarnos las mujeres de la familia y hacer este reto», explica una de las granadinas. Llueve, hace frío y están agotadas, pero les da igual, cualquiera podría verles la sonrisa, incluso desde el Monte do Gozo. Sus risas desembocan en Santiago, el lugar al que llegan todas las voces del mundo.

Cristina Sánchez-Andrade
invoca fuerzas muy antiguas
cuando escribe. Lo íntimo se
vuelve mágico, y la tierra late
y respira en libros tan bellos
como *Bueyes y rosas dormían*,
Las inviernas, *El niño que*
comía lana o *La nostalgia de*
la mujer anfibio. En «El vuelo
de la polilla», los recuerdos de
una peregrina traen misterios y
venganzas de brujas que cuidan
a las mujeres.

El vuelo de la polilla

Cristina Sánchez-Andrade

—Están todos en el comedor, contando historias de meigas y brujas. De parte de Ronquidos de Zaragoza que vayas.

Begoña, una de mis compañeras de El Camino de Santiago, vino a avisarme a la habitación del albergue. Yo me acababa de tumbar para leer, y aunque por la estancia flotaba un tufo caliente a calcetín sudado y a cacahuetes rancios, estaba en la gloria. Había sido un día duro: de Ferrol a la pequeña población en la que nos hallábamos, llamada Moeche, casi veintidós kilómetros caminando bajo la lluvia, el frío y la niebla gallega. Tenía los pies cuajados de ampollas y los muslos aún me temblaban por el esfuerzo. Pero lo peor de la jornada no habían sido los kilómetros, ni las inclemencias del tiempo, ni los pies, sino la compañía de dos tipos, apodados por nosotras El Mocos de Albacete y El Ronquidos de Zaragoza. Desde que empezamos el camino en Coruña, se nos habían pegado como lapas. Por el día nos daban la paliza con su

cháchara interminable o entonando las típicas canciones de autobús escolar. Por algún motivo, siempre acabábamos alojadas en el mismo albergue. Cuando llegaba la hora de dormir, el Mocos hacía ruidos viscosos y blandos con la nariz. El tipo de Zaragoza era aún peor: cuando por fin terminaba de quitarse las pelotillas de los dedos de los pies, se ponía a roer quicos y cacahuets en la oscuridad. Poco a poco, los ruiditos de ratón cesaban para dar paso a los ronquidos de dinosaurio.

Para más inri, había mucho cachondeo entre mis amigas, que decían que el de Zaragoza estaba enamorado de mí. Era un cuarentón panzudo, de manos peludas y una risa estrepitosa que estallaba al final de cada una de sus frases. Cuando acababa de desayunar soltaba un eructo de felicidad y a continuación se ponía a hablar de los Mundiales. Terminaba con el fútbol y entonces arrancaba a contar chistes. Eran malísimos, pero lo curioso es que siempre tenía un corrillo dispuesto a escucharle y a aplaudirle.

—Ni de coña —dije detrás del libro— con lo bien que estoy aquí solita.

Begoña había venido a coger una chaqueta y, mientras rebuscaba en su mochila, siguió explicando que el dueño del albergue estaba contando historias y leyendas de la zona.

—Dice que nos va a contar la historia de una labriega de la zona a quien, allá por los años veinte, después de pasar años encerrada en la casa por ser medio loca o ser bruja, le entró en el cuerpo el espíritu de un cura. Un caso de posesión, o algo así.

Bajé el libro.

—¿Una loca encerrada, dices?

Aquello me interesaba. Antes de salir de viaje, había estado enfrascada en el proceso de escritura de mi tesis doctoral (aún por terminar) que llevaría por título algo así como «Locas, histéricas y/o brujas. Falsas historias sobre la histeria». Versaba sobre todas esas mujeres del siglo XIX y principios del XX, entre ellas muchas escritoras, que decidieron ir a contracorriente para escapar de una sexualidad castrante y de un sistema patriarcal que las avocaba a la reclusión doméstica. Para acallar estas voces disidentes, y puesto que no cumplían con los imperativos sociales y morales que se consideraban propios de su género, la propia sociedad las acabó encerrando entre las cuatro paredes de la casa o en instituciones públicas. Para ello, bastaba decir con que estaban locas, o que eran histéricas, o brujas, o incluso simples «mujeres de la vida».

En la tesis hablaba de cosas como la teoría del «útero errante» de Hipócrates, las narrativas de la histeria según Charcot o Freud y de la locura como trasgresión. Citaba a

escritoras como Emily Dickinson, Virginia Woolf, Sylvia Plath, Anne Sexton, Alejandra Pizarnik, Clarice Lispector, Frances Farmer, etc, es decir, mujeres que se atrevieron y que rompieron moldes con su escritura. También sacaba a colación ciertos estereotipos literarios como el de la loca del desván, el de la psiquiatría darwinista, o relatos excelentes como *El despertar*, de Kate Chopin; *Luella Miller*, de Mary Wilkins Freeman, *El empapelado amarillo*, de Charlotte Perkins Gilman o *Habitación diecinueve*, de Doris Lessing.

—Eso, una loca de las que a ti te gustan —dijo Begonia poniéndose la chaqueta, que ya había encontrado—. Algo así dice que va a contarnos. ¡No te lo puedes perder! Te servirá para tu tesis. ¡Vente!

Fui. En el comedor, el dueño del albergue estaba a punto de empezar a contar su historia. En torno a él, había unos quince peregrinos que, con cervezas o Coca-Colas en mano, esperaban impacientes. El tipo de Zaragoza masticaba ruidosamente unos Doritos que iba sacando de una bolsa y por la estancia flotaba un olor a «barbacoa» repugnante. Me había reservado una silla junto a él, y nada más verme, me hizo una señal para que me sentara a su lado. Rechacé la silla y busqué otro sitio. No le debió de gustar, porque se le congeló la sonrisa.

La voz del dueño del albergue no tardó en oírse:

«En las entrañas del bosque, no muy lejos del cruceiro...»

Tras soltar esta frase, el contador hizo un silencio y nos recorrió uno a uno con la mirada. Era su manera de captar nuestra atención, todo un maestro del arte de contar.

—Una niña. Érase una vez una niña —prosiguió— Una niña no tan niña que se encarna en un clérigo muerto en La Habana, y que un día comienza a hablar con voz de hombre. Escuchad atentamente, porque esta que os voy a contar es la historia, la leyenda de Manuela, la «Espiritada de Moeche».

El cuento, que escuché sin pestañear, era fascinante. Un día, después de cuatro años encamada (parece que estaba enferma, que tenía un comportamiento extravagante y que había dejado de comer), Manuela oye una voz en su cabeza. Le ordena: levántate. Así que sale de la casa y se adentra en las entrañas del bosque. Rocas, brezos, cardos, helechos y musgos.

Al llegar al arroyo, se tumba de bruces en la orilla para beber. Danzan por la superficie del agua, entre mosquitos y bichos de luz, más de tres mil espíritus. Tras el primer trago, nota algo que le araña la garganta. Entonces

se pone en pie y comienza a temblar. Sus brazos se agitan y sus rodillas entrechocan. Los dientes le chasquean. Tirones de la piel. Crujido de músculos. Huesos que rugen. Una sangre nueva, más impetuosa y ardiente, circula por su cuerpo. El corazón late con fuerza. Se palpa. Se mira con terror: a través de la camisa rasgada, le brota un vello cano y ensortijado, en cuya selva se pierde el oro de una medalla. Bajo el vientre aún viscoso, cubierto de gelatina y cáscaras de un mundo lejano, cuelga un pene como un pez fantasmagórico.

Con las piernas abiertas, torpe por el peso de los testículos, que son como un saco de piedras, emprende la vuelta a casa. Al llegar, se detiene ante la puerta y mira con extrañeza. Cuando sale su padre, la observa de arriba abajo: ¿dónde ha estado y por qué tiene la ropa hecha trizas, el pelo enmarañado y cara de loca?

Entonces una voz de ultratumba, ronca y con acento cubano, le trepa a Manuela por la garganta. Al escucharla, el padre piensa que está poseída y corre a llamar al cura. Una vez en casa, Manuela les tranquiliza: el espíritu de un clérigo de Ortigueira muerto en La Habana le entró mientras bebía agua en el arroyo. Como debía purgar por unas faltas cometidas en vida, la escogió a ella para encarnarse. Si no realizaba esa labor que el espíritu le había

encomendado, podía pagar incluso con la vida.

A partir de ese momento, la muchacha recupera el apetito, incluso vorazmente. Pide carne roja, chorizos. Bebe litros de vino tinto. El cura, muy amigo de lo sobrenatural, explica a todo el pueblo que Manuela tiene un don. Es *corpo aberto*, dice, y además de purgar por los pecados del espíritu que se encarnó en ella, ahora es capaz de curar los males más extraños.

Se corre la voz y en poco tiempo, llega la gente en peregrinación a la casa: enfermos con lombrices, anemia, sabañones, hipos intermitentes, estreñimientos o diarreas crónicas. Todo lo cura Manuela. Y no solo esto. También da consejos, deshace los hechizos y los males de ojo. Y, por si fuera poco, da misas en latín todos los domingos desde el balcón de su casa.

La noticia llega a Coruña. El diario *El Orzán* comienza a interesarse por el caso y manda a varios reporteros a entrevistar a Manuela. La visitan en la cama. Allí les recibe, muy pálida, con los cabellos sobre la almohada como un mar de algas revueltas y oscuras, los ojos como tajos de cebolla.

A petición del periódico, otras voces expertas empiezan a opinar sobre el fenómeno de Manuela. Prestigiosos médicos gallegos afirman en artículos publicados en *El*

Orzán que el caso entra de lleno en terreno del histerismo. Si esta mujer llevaba cuatro años encerrada es porque era una loca histérica. Empiezan a llamarla bruja.

Al oír esto último, no me pude contener.

—Ya estamos —salté de pronto— ¡la historia de siempre!

El relator calló, confuso por mi brusca interrupción. En el comedor se hizo un silencio y las cabezas se dirigieron hacia mí. El Ronquidos de Zaragoza, que se había ido hundiendo en la silla, se incorporó de golpe. Unos Doritos cayeron al suelo y él los pisó haciéndolos crujir con la suela de su bota.

—Quiero decir... perdón... No es la historia de siempre. Es decir, es la primera vez que la escucho, pero eso de que era una neurótica... eso de que había estado encerrada es lo de siempre. Si antes fue la histeria, hoy es la ansiedad, el cansancio crónico, la fibromialgia o la anorexia. A lo largo de la historia, la histeria ha servido como forma de expresión, un lenguaje corporal para gente que, de otro modo, no podría hablar, o incluso admitir lo que les ocurría.

El dueño del albergue me miraba perplejo. Añadí:

—¡Pero cómo se iba a convertir en clérigo una pobre labriega! ¿Alguien se preocupó alguna vez de saber por qué había estado Manuela encerrada durante cuatro años?

¿A alguien se le ocurrió pensar que a lo mejor estaba harta de su vida, atrapada, que quería escapar de ese ambiente opresor y machista, pero que no encontraba la manera de hacerlo?

El relator dio un paso adelante.

—No entiendo a dónde quieres llegar. Yo solo estoy contando una leyenda de la zona.

Le expliqué que, si esa muchacha era eso que llaman *corpo aberto*, es decir, si en ella se encarnó el espíritu de un clérigo muerto, ¿no sería porque, inconscientemente, esa era la única manera de comunicar que le pasaba algo? ¿No sería porque convertirse en hombre, más si cabe, en un clérigo, era su única estrategia para llamar la atención después de cuatro años?

Un murmullo se elevó por la sala. Algunos peregrinos comenzaron a comentar en voz baja que querían seguir escuchando la historia interrumpida. Begoña y Mercedes, que ya sabían que podía ponerme muy pesada con este tema, salieron en mi ayuda.

—Quiere decir que la tal Manuela probablemente se creyó de verdad que le pasaba eso del *corpo aberto* para que la hicieran un poco de caso —dijo Mercedes.

Pero yo ya estaba lanzada y continué con mi argumentación:

—¿Y si la chica sufría de epilepsia, por ejemplo?

Epilepsia unida a una depresión —. dije— O, aún mejor: supongamos que le ha pasado algo que no puede contar a nadie. Supongamos que cuando era pequeña su padre abusó de ella de manera reiterada. Los casos de incesto eran muy frecuentes en Galicia, sobre todo en comunidades cerradas como la de Manuela. Supongamos que la pobre chica se había quedado embarazada de su padre y que el cura del pueblo, ese que luego estaba encantado con sus milagros, la había hecho abortar. Había tenido que ir al arroyo y provocarse... provocarse ella misma... ella misma el aborto. ¡Sí! ¿Se imaginan ustedes? Un día la pobre chica, que ha escondido su barriga durante meses, sale de casa y...

Me fijé en que todos los peregrinos miraban o a sus móviles, o al suelo. Me dio rabia; eran los mismos que la noche anterior habían reído los chistes groseros del tipo de Zaragoza. ¿Qué tenía este idiota que no tuviera yo?

Por otro lado, el Ronquidos se había puesto en pie y me observaba inmóvil, con una expresión que era mezcla de desilusión y rabia. Las manos en alto, el cuerpo muy rígido, sostenía la bolsa de Doritos vacía. Por primera vez, vi reflejado en su rostro toda su infancia: atardeceres de nubes de color naranja. Vi a su madre en bata y rulos, en un dormitorio de olores rancios, rezando con él, al pie de su cama. Lo vi vestido de marinerito, repeinado con mu-

cha gomina y confesándose de rodillas antes de hacer la Primera Comunión. De pronto le solté:

—¿Y tú por qué me miras así, imbécil?

Juro que no quise decirlo, pero ahí estaban las palabras, flotando por el aire. Ahora sus pupilas relampagueaban. Sus labios comenzaron a temblar, como si en ellos vibrara la respuesta que no llegaba. Por dijo:

—Tú... Tú eres de esas que van de feminista e intelectual para disimular que en realidad no eres más que una tía aburrida y antipática de cojones. Y te diré más; no sé para qué haces el Camino. Te volverás con toda la mierda que tienes dentro de ti.

Callé. No me molesté en rebatirle, sería ponerme a su altura. Me limité a cerrar los ojos y a negar con la cabeza.

Él aplastó la bolsa de fritos, que crujió entre sus manos, se dio la vuelta y se largó. Begoña me rogó que me calmase y me pidió que me sentara para que el dueño del albergue continuase su relato. La obedecí de mala gana. El hombre terminó la historia explicando que después de muchas visitas por parte de médicos y expertos, Manuela acabó languideciendo hasta morir tan solo un año después en la cama. Las gentes dejaron de venir y la historia se olvidó durante muchos años, hasta que alguien debió de rescatarla.

La noche en la habitación compartida del albergue no pudo ser peor. A los chistes nocturnos, los crepitares del Mocos y los resuellos del Ronquidos, se unía el bochorno de pensar que había soltado todo aquel rollo a una audiencia que, ni tenía interés, ni jamás entendería lo que quería expresar. Mi propia amiga me había tenido que parar los pies. En mi cabeza se alternaron los truenos lejanos de una tormenta, el viento, las palabras y los ronquidos de Zaragoza con la lúgubre intuición de que algo en mi vida tenía que cambiar.

En algún momento del amanecer, después de un breve sueño, abrí los ojos. Me puse en pie. La estancia estaba en penumbra, pero me percaté de que la cama de Ronquidos estaba vacía. Miré el reloj. No eran ni las seis. Me pregunté a dónde habría ido a esas horas de la mañana, él que siempre apuraba hasta el último minuto de sueño. Me fijé también en que, no muy lejos de ahí, una polilla golpeaba, una y otra vez, con un ruido seco, contra una lamparita que habían dejado encendida. Me acerqué y la cogí. Mientras aleteaba entre mis manos, me acordé de un ensayo de Virginia Woolf que hablaba de una polilla atrapada. ¿Cómo se llamaba? Uf, ni idea. ¡A la mierda con Virginia Woolf! abrí la ventana y la dejé escapar.

Impelida por una fuerza interior, salí del albergue y comencé a caminar. La niebla se deslizaba a ras de tierra

y la mañana era fría. Atravesando unas zarzas, me interné en el bosque. Después de cinco o diez minutos caminando entre gruesas raíces y ramas caídas, llegué a un arroyo. Masas de sombra, aquí y allá, avanzaban en la oscuridad y se inclinaban como olas negras. No pude evitar pensar en Manuela, la pobre Espiritada de Moeche, paseando por esos mismos parajes. Me puse de cuclillas y bebí un poco de agua.

Justo cuando estaba a punto de volver, oí un ruido. Era un sonido de burbujas, un chapoteo, algo como el deslizarse de un animal por la superficie del agua. En medio de esa calma, el quejido de un pájaro atravesó el aire.

Al volver al albergue, me encontré con un grupo de peregrinos junto a la entrada. Entre ellos, el Mocoso de Albacete explicaba muy excitado que su amigo de Zaragoza había desaparecido, pero que antes le había enviado un WhatsApp muy raro que decía: «SOS. Ayuda. Junto al arroyo». El grupo, al que también se unieron mis dos amigas, decidió salir a buscarle.

A mí también me pareció todo muy extraño; y si no me uní al grupo de búsqueda, era porque no me sentía nada bien. Tal vez era por el cansancio del día anterior, pero me crujían las caderas y me dolían los músculos, como si me fueran a estallar. Me picaba la piel, como cuando empieza a salir el pelo recién depilado. Como no

había pegado ojo y el albergue había quedado en silencio, volví a meterme en la cama.

Una hora después, me desperté. O, mejor dicho: me desperté sobresaltada ¡por mis propios ronquidos! Al levantarme me pesaba la barriga, como si hubiera bebido tres litros de cerveza, pero conseguí arrastrarme hasta el bar del albergue.

A pesar de que me sentía rara, por mi cabeza ya no se deslizaba ningún pensamiento. Decidí pasarlo bien aquel día, así que, como además se me había despertado un hambre de hiena, pedí un buen desayuno.

—¿Lo de ayer? —me preguntó el camarero.

Quise contestarle que yo ayer no había desayunado ahí, pero no dio tiempo. En menos de dos minutos, me trajo un plato de riñones al jerez y un vaso de vino tinto. Estaba a punto de rechazarlo, yo no comía esas cosas, pero olía bien y cuando me quise dar cuenta, ya me lo estaba zampando. Begoña me mandó un WhatsApp para preguntarme cómo estaba. Habían encontrado al Ronquidos con una pierna atrapada en un cepo para conejos. Nada grave, pero se lo habían llevado al hospital porque se negaba a que los compañeros se lo quitaran. En la televisión hablaban de los Mundiales y al disponerme a comentar los resultados en alto, una voz ronca y grave me trepó por la garganta: «sírreme otro vino, por favor».

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, me sentí llena de energía. Los riñones me habían sentado bien. Me apetecía continuar el camino con el grupo, unos cuantos kilómetros de marcha y estaría como nueva. Eché un vistazo por la ventana: el paisaje de brumas, tojos y helechos me pareció una puta maravilla.

Muchos terminan en Santiago buscando a Dios, como la protagonista de este relato de **Ana Iris Simón**, una niña atea que quiere creer, que se esfuerza por cumplir, buscando desde chiquita las vetas contra la corriente que tanto han caracterizado a la autora de adulta.

En el tablao del cielo

Ana Iris Simón

La primera vez que dije en público que no creía en Dios fue en segundo de primaria, durante la visita de un escritor local a mi colegio. Con toda su buena fe y hablándonos muy despacito, como si fuéramos tontos en lugar de pequeños, aquel buen hombre nos preguntó que quién creía en Dios y todos menos yo levantaron la mano. Lo hizo, seguramente, porque pensaba que el porcentaje de descreídos sería mayor y nadie se pondría colorado como un tomate, como finalmente ocurrió conmigo. Por eso y por el sesgo de confirmación, supongo: su último libro, un ensayo, trataba sobre los beneficios del ateísmo para las sociedades occidentales y sobre cómo el progreso solo era posible de su mano.

Esto lo supe después. Entonces solo supe que estaba solo en el ateísmo. Hasta Álvaro, que me había confesado en privado sus dudas, levantó la mano. Supongo que como era el único junto a Nahual que se salía de clase cuando llegaba Conchi, la profe de religión, Álvaro sintió que era el indicado para contarme que, aunque él si

iba y pensaba hacer la Comunión, le costaba creer porque nunca había visto a Dios. Aunque tampoco había visto a Iniesta y sí que creía en él, añadió. Como para no, con el golazo que había marcado en el Mundial del año anterior.

El caso es que aquel día pasé mucha vergüenza porque, aunque ya me había dado cuenta de que Nahual y yo éramos los únicos que se iban al despacho del director cuando llegaba la hora semanal de Religión, nunca había reparado en que ella sí creía. No en ese, pero sí en Dios. Así que al año siguiente, en tercero de primaria, decidí empezar a creer. Para disgusto de mis padres, que pensaban como el escritor aquel.

Tuve que ponerme las pilas, porque el resto de niños me llevaban dos años de ventaja. Y, aunque estaba sin bautizar y lo de ir a hacer la Comunión era dudoso, me apunté también a catequesis por las tardes, como todos los niños de mi clase a excepción de Nahual, cuyo Dios, según aprendí, se llamaba Alá. Poco a poco y a diferencia de la mayoría de mis compañeros, que confesaban sin pudor que si querían hacer la Comunión era por los regalos, me fui convirtiendo en un pequeño devoto.

Lo que más me gustaba eran las vidas de los Santos, que le preguntaba al cura cuando aparecía, un viernes al mes, por catequesis, porque no tenían nada que envidiarle a las de los protagonistas de los cómics de Marvel que me

compraba mi padre. También descubrí la apariencia real de los ángeles y me pregunté por qué se empeñaban en pintarlos como a los bebés de los pijos, que siempre son rubios y tienen rizos, si su apariencia real, como de Transformer, era muy superior.

Empecé a rezar y a ir a misa con mi abuelo, que era el único practicante de la familia. Mi abuela, su mujer, decía que ella creía en Jesús pero no en los curas, que solo querían pasar el cepillo para quedarse con las perras. Y mis otros abuelos, los padres de mi padre, estaban muertos, así que desconocía si creyeron antes de verse picándole el timbre a San Pedro.

Cuando llegó el momento, le pedí a mis padres que me dejaran bautizarme y hacer la Comunión. Me respondieron que hiciera lo que quisiera, pero que nada de fiestas, que nos íbamos a ir a comer juntos al Extremeño como todos los últimos domingos de mes y punto. Eso y que me iba a costar mucho borrarame cuando dejara de creer. Y así fue, dos años después y tras dos cursillos de catequesis. Lo del Extremeño. Lo de la dificultad para borrarame, nunca lo llegué a saber.

En los días posteriores a mi Comunión, nos convocaron a una reunión en la Parroquia y nos ofrecieron la posibilidad de ir a Santiago de Campamento. Los más pequeños, nosotros, haríamos trozos de algunas etapas por

las mañanas y nos recogerían cada mediodía para volver a un pueblecito donde tendríamos la base de operaciones. Finalizaríamos en Santiago, donde nos sería entregada una Compostela infantil.

Al salir, mi madre, que fue quien me acompañó, me dijo que si quería ir, pero negué con la cabeza. Sabía que a mi abuelo podía quedarle poco, porque era pequeño pero no tonto, como pensaba el escritor aquel que nos habló como a inútiles y me hizo creer en Dios por vergüenza.

Cuando se enteró mi abuela, que aunque no creía en los curas se pasó toda esa primavera rezando Rosarios y yendo a misa por mi abuelo y por si acaso, me dijo que no me preocupara. Que si para algo había sido ella la primera mujer que se había sacado el carné del pueblo era para llevar a su niño a ver al Santo. Así que urdimos un plan maestro que consistía en quitarle a mi padre las llaves de su Opel Astra, imprimimos en la papelería del pueblo la ruta, de poco más de tres horas, hasta Santiago, y avisamos a mi abuelo. Esto último fue lo más aparatoso, porque había que llevarse, además de un montón de pastillas y aerosoles, la silla. Pero lo conseguimos antes de que mi padre y mi madre llegaran de trabajar, y nos encaminamos hacia el sepulcro del Apóstol, no sin antes haberles dejado una notita explicándoles toda la verdad y pidiéndoles que ni se preocuparan ni se enfadaran.

Nuestro plan era volver al día siguiente, que caía en martes, porque el miércoles le daban la quimio a mi abuelo, que iba tan contento en el asiento del copiloto y que, después de muchos meses, se había peinado y se había echado Brummel. Íbamos escuchando Rafael Farina porque mi abuela tenía un disco que le había hecho mi prima Laura, que tenía el eMule, y se lo había traído para amenizar el viaje. Iba sonando esa que dice «Luna luna lunera, alumbra los luceros, pasa la noche en vela, en el tablao del cielo» cuando el Opel Astra se paró. Íbamos por El Bierzo y tuvo que venir la grúa y devolvernos al pueblo. El coche, que ya no estaba para trotes, según venía avisando mi madre desde hacía meses, se rompió.

Aquella fue la última vez que lo vi, porque la ñapa costaba casi más que otro coche, y la última noche de mi abuelo, que se fue sin conocer Santiago, sin recibir el rapolvo que nos echaron a mí y a mi abuela por nuestra escapada fallida y sin ir a la quimio del miércoles. Pero, eso sí, oliendo a Brummel.

El día de su entierro fue la segunda vez que dije en público que no creía en Dios. No si se lo había llevado tan pronto y a punto de ver Santiago. Se lo dije a la Amelia, una amiga de mi abuela y suya que siempre me daba Respirales al salir de misa. Ella me respondió que no fuera tonto y que arreará.

Y le hice caso, aunque me costó mucho recuperar la fe, y aún más terminar el viaje que acabamos en El Bierzo. Lo hice años después, justo después de la muerte de mi abuela, repeinado y apestando a Brummel, para horror del resto de peregrinos. Cuando intuí a lo lejos la Plaza del Obradoiro, empecé a entonar aquello de «Luna luna lunera, alumbra los luceros, pasa la noche en vela, en el tablado del cielo».

En sus diarios —y en algunas de sus prosas—, **Andrés Trapiello** narra sucesos sobrenaturales que aparecen como sin querer en medio de lo más cotidiano. No sé si es el caso de este encuentro con un peregrino, donde la magia está en lo asombroso del personaje y en la mirada de Trapiello, siempre atenta al sigilo con el que los personajes secundarios entran en escena, o en la plaza del Obradoiro.

Peregrinos

Andrés Trapiello

Dos o tres veranos, de mis catorce a mis quince años, me dio por ir a la catedral muchas tardes, huyendo de los tumultos domésticos y del calor.

Los que hemos sido de León, incluso los que luego menos, nos acordaremos siempre de los peregrinos.

Les veíamos entrar en la ciudad, atravesarla, salirse de ella. Iban ensimismados. Casi siempre hombres. Las pocas mujeres que hacían el camino, iban en compañía de alguien, casi nunca solas.

Eran de una edad incierta, de una edad universal, ni jóvenes ni viejos, diría que tampoco se adivinaba su nación, pero sí su época: todos parecían llegar directamente de la Edad Media sin pasar por ningún otro siglo.

Les divisábamos bordeando los trigales, ya cosechados, secos, de color oro; o dejando atrás algunas choperas, donde se habían detenido a descansar a la sombra, oyendo las hojas que se movían como sonajas de un pandero.

Un peregrino aquí, otro a lo lejos, a veces más cerca, pero cada uno a su aire. Alguno traía un paso vivo, alcanzaba a otro y le dejaba atrás. Quizá le decía algo al adelantarle, yo no lo oía, pero otras no lo parecía, de tan concentrados como iban rumiando sus pensamientos.

En la inmensidad de los campos, por Mansilla, por la Virgen del Camino, se les veía muy pequeñitos. Daba la impresión de que iban descaminados, como esas hormigas que andan solas, desorientadas, buscando algo, lejos de sus filas indias. Así ellos: aunque el carril era para todos el mismo, parecía que fuesen flotando, como figuras de Marc Chagall.

Los peregrinos que llegaban a León venían casi todos de Sahagún y se dirigían a Astorga. Traían el rostro y las manos curtidas, de color vino, y los labios en salmuera, rotos por la sed y el aire tórrido. Los más serios iban con ropas sencillas, pero los había amantes de la estampa, y no se privaban de su cayada curvada en la punta como un interrogante, su calabacita colgada en ella y una venera cosida en el pecho. Su aspecto era vistoso, completo, aparente.

La mayoría recalaba en la catedral, antes de proseguir la marcha.

La catedral es muy grande, y entonces en León apenas había turismo, solo los peregrinos, tampoco muchos,

como el goteo de un grifo que cierra mal. Cinco o seis personas dentro hacen que la catedral parezca más grande que cuando está completamente vacía.

En las tardes calurosas de agosto, entre aquellas paredes de piedra hacía casi frío y se estaba a gusto, como en una sepultura (ya decía JRJ que lo malo de la muerte es solo la primera noche).

Los peregrinos llegaban y se quedaban boquiabiertos por la magnificencia de las vidrieras. Casi ninguno se esperaba eso.

Dejaban sus mochilas en el suelo y se daban una vuelta por el templo con la nuca pegada a la espalda. No temían que nadie se las robase, porque en León en aquella época no robaba nadie. Al contrario, se les socorría, la gente les daba agua fresca al verlos pasar y les preguntaban si necesitaban algo. Como la mayoría eran extranjeros y no entendían, movían vivamente la cabeza, dando a entender que no a cualquier cosa que les ofrecieran. Otros decían que sí, y apuraban de un trago corrido el vaso de agua que ponían en sus manos.

La catedral está orientada a poniente y el sol por la tarde, como sabe todo el mundo en León, pega fuerte en los vitrales y la nave central se llena de colores. Es precioso, como una caja de música, pero de relumbres. Solo les falta sonar. Parece aquello un caleidoscopio.

Algunos de esos peregrinos, en cuanto entraban, se sentaban en los poyetes de piedra que hay corridos en los muros y se quitaban las botas y los calcetines de lana. Al hacerlo se les veía la cara de satisfacción. Eran unos pies muy blancos, rosados incluso, y se veía que los traían medio cocidos y con bojas. Movían los dedos cortos para desentumecerlos y luego apoyaban lenta, voluptuosamente las plantas en las losas del suelo. Daba gusto verles aquella expresión placentera y de alivio. A los que se descalzaban, nadie, ni los sacristanes ni los canónigos, les llamaba la atención por esas licencias.

Descansaban un rato, cargaban de nuevo con la mochila y se iban. Se iban ellos y llegaban otros. Todo el día. Y casi siempre solos.

Yo entonces hubiera dado cualquier cosa por irme con ellos, y ver mundo. Me parecían personajes legendarios, misteriosos. Suponía que los hechos que les habían traído a esas promesas colosales que les obligaban a un sacrificio tan grande tenían que ser también hechos de gran importancia.

Mi vida en León en esa época no era mala, pero ya empezaba a tener mis fantasías y me intrigaban sus vidas, las razones por las que estaban allí, tan lejos de su tierra. Hacían que me preguntara por qué seguía yo en la mía,

aunque yo no supiera entonces que era eso lo que me estaban diciendo.

Desde entonces no hay vez que no me haya tropezado con un peregrino caminando en Estella, en Silos, en Villalcázar de Sirga, en Hospital de Órbigo, en Lugo, que no despertara en mí esos recuerdos tan antiguos ni las ansias de ver mundo que tenía entonces ni el deseo de dejar León, que acabó cumpliéndose.

Ahora el camino de Santiago se ha puesto de moda y lo tienen organizado como una lanzadera turística. Para mí ha perdido mucho encanto, y aunque ya no está uno para esos trotes, no querría hacerlo, porque veo que los peregrinos se pasan el día entablando amistades en los albergues con otros peregrinos, hablando con ellos por señas y haciendo que les sellen unas cartillas en cada meta volante. Muchos incluso viajan cómodamente, haciendo que les porteen la impedimenta y haciendo paradas en buenos hoteles, donde cenan opíparamente y se duermen viendo la televisión. El ambiente aquel de recogimiento que yo conocí de muchacho ha desaparecido y el camino se parece bastante ya a la romería del Rocío. Muchos incluso ni siquiera creen que el apóstol esté enterrado en Santiago ni las iglesias y ermitas que se encuentran les dicen gran cosa.

Pero sería injusto juzgar a todo el mundo igual. De hecho el peregrino más extraordinario que yo haya visto nunca fue mucho después de aquellos tiempos remotos de mi adolescencia.

Conté el encuentro en *Las cosas más extrañas*, un libro que se publicó hace treinta tantos años.

El peregrino al que me refiero era un hombre joven, entre treinta y cuarenta años. más bien grueso, pelirrojo de arriba abajo, con la piel lechosa y muchas pecas por toda la cara, y una barba espesa y ancha, como una llamarada de fuego que le nacía de debajo de los ojos. Tenía también una gran pelambrera con pelos como alambres y unas cejas muy pobladas que daban sombra a una mirada azul, casi transparente, de gran dulzura.

Fue en 1992 y ese día me encontraba en Santiago de Compostela haciendo tiempo para subirme a un avión y volver a Madrid después de haber hecho allí lo que los escritores hacen por el mundo, oficio triste el suyo.

Me había cruzado con ese peregrino una o dos veces esa misma mañana. Estaba plantado en la plaza del Obradoiro y hacía sonar una zampoña. La gente que pasaba delante de él se paraba unos segundos a verle tocar aquel instrumento tan extraño que parecía, con su manubrio, una máquina de hacer fideos, pero que sacaba una música tan dulce y humilde, y algunos, antes de proseguir, deja-

ban unas monedas en el pañuelito que había extendido en el suelo.

Yo había estado paseando solo todo el día por las rúas viejas, sin rumbo fijo, y entonces oí que me llamaba alguien. Me volví y vi que era un buen amigo mío de entonces. Su trabajo, en cambio, era el más bonito del mundo: restauraba catedrales. Estaba en Santiago restaurando el Pórtico de la Gloria. Yo había estado la víspera tratando de ver ese Pórtico famoso, pero no me dejaron pasar. Me propuso entonces mi amigo visitarlo, ver la corte del maestro Mateo Alemán cara a cara. Cancelamos mi billete, me quedé una noche más en aquel burgo y me fui con él.

Lo habían cerrado al público, en efecto, y habían puesto un andamio, para subir hasta donde están las figuras de piedra.

Trepamos por él y lo que vi fue, cómo decirlo, prodigioso. Enfrente del arco habían colocado un cadalso de madera bastante amplio para comodidad de los técnicos y restauradores que estaban tratando el mal de la piedra, fatigada de tantos siglos y peregrinos como llevaban vistos aquellos apóstoles. Lo vimos a la luz de unas lámparas especiales, como si fueran candiles que lo iluminaban sin quitarle el misterio. Para mí fue la primera y única vez que estuve delante de un Pantocrátor, en el mismo plano,

a menos de medio metro de él y mirándole fijamente a los ojos; de igual a igual, como si dijéramos.

Mientras mi amigo analizaba las muestras de piedra en un microscopio y yo tomaba las primeras notas de aquel viaje sobre una mesa de campaña, a la luz de una lamparilla, sintiéndome un arqueólogo, escribiéndolas allí mismo, oímos a lo lejos una música celestial.

Yo dije que iba a tratarse del músico de la zampoña que había visto por la mañana en la plaza del Obradoiro. Las ayudantas de mi amigo también lo habían visto. La música cesó. Debían de ser las siete o las ocho de la noche. La catedral, como el día anterior, estaba vacía, a oscuras, en silencio. Causaba una gran impresión. Entonces se sintieron unos golpes muy fuertes en una tabla que hacía las veces de puerta de aquel gabinete científico improvisado. Desde lo alto del andamio preguntaron quién era. Pero no respondió nadie. Volvieron a oírse los golpes y tuvo que bajar uno de los aparejadores. Al cabo de un rato volvió para informar que abajo esperaba un joven, pero que no sabía lo que quería, porque no le entendía. Entonces uno de los técnicos dijo que ya había venido la víspera, porque quería ver el Pórtico. Pero las órdenes eran estrictas y no se podía enseñar a nadie. Yo dije que no era justo hacer eso con alguien que era tan perseverante, y que se le podía hacer pasar. Los demás se sumaron tímidamente a mi pe-

tición, pero sin perder de vista a su jefe, mi amigo, para en caso de que este dijera que no, decir ellos también que no. Mi amigo consideró que en atención a mí se podía saltar la normativa, y mandó que lo dejaran subir para darme ese gusto. El don, y qué don, se nos concedería a todos unos minutos después.

Bajó de nuevo el aparejador y vino seguido del pelirrojo. Vimos también cómo dejaba éste su macuto al pie del andamio, pero no la zampoña, que cuidó de no golpear con los tubos de hierro, mientras trepaba por ellos.

Cuando estuvo con nosotros, en la plataforma de madera, frente a todo el Pórtico, se quedó anonadado. Echó una ojeada al conjunto. Era un hombre tímido, educado y ceremonioso, luego nos brindó a los presentes una generosa pero discreta sonrisa y tres o cuatro reverencias, haciendo la rueda, sin pronunciar una palabra, como si fuera mudo. Tenía unas manos grandes como remos, cuadradas y fuertes, llenas de pecas también.

Mi amigo le preguntó qué quería, porque el pórtico estaba cerrado al público. Sólo hablaba alemán y un poco de inglés. Era austríaco. Se tomó un tiempo antes de hablar. Creo que seguía temiendo que no le dejaran quedarse allí ni siquiera un momento. Entonces empezó a decir, muy despacio, en voz muy baja, que había hecho tres mil kilómetros para ver aquello, que no era un hombre rico y

que en ese tiempo se había procurado alimento y techo haciendo sonar su zampoña allá por donde había estado, que se volvía a su país al día siguiente y que no se podía marchar de vacío, y también que se había pasado los dos últimos años construyendo aquella zampoña como la que se veía tañer a uno de los músicos del pórtico, que era una réplica exacta a la que había tallado en la piedra el maestro Alemán. La acercó a la que en efecto sostenía uno de los músicos de la fachada y pudimos comprobar que era exacta. Nos quedamos todos en silencio, comprendimos que quizás el único que tenía derecho a permanecer en aquel momento ante la gloria de piedra era él. Mi amigo cambió enteramente de actitud, un poco avergonzado de haberle negado la entrada el día anterior y haber estado a punto de negársela en ese momento, y le rogó que se tomara cuanto tiempo quisiera para admirarlo a sus anchas, y que no sólo iba a ver el Pórtico como se había visto siempre, con sus colores originales restituidos, sino como muy pocas personas habían podido verlo en toda su historia, subido a un andamio, pudiendo tocar con sus manos todas y cada una de esas figuras.

El joven pelirrojo agradeció todo con una nueva sonrisa, sobrecogido por el lugar y retraído por las batas blancas de los científicos, y le dejamos allí un buen rato, a su aire, y seguimos los demás con lo que estábamos

haciendo, el microscopio, los informes... Quizás se pasó un cuarto de hora. Lo miraba todo atenta, religiosamente, centímetro a centímetro. Yo le observaba, hacía como que escribía en mi libreta de hule negro, pero en realidad no le perdía de vista, a la luz del campin gas. Entonces, cuando se iba a ir, vimos que quería decir algo, pero que no se atrevía. A lo último se decidió y le pidió permiso a mi amigo para tocar una pieza en su zampoña, en homenaje a sus colegas románicos y delante de la figura que le había servido de modelo.

Dejamos cada cual de hacer lo que estábamos haciendo, las chicas dejaron sus bisturís, mi amigo levantó la vista de su microscopio, yo cerré mi libreta, y el músico-luthier empezó a darle vueltas a la manivela. Sonaron unos aires celtas admirables y conmovedores, llegados de la alta Edad Media, temblorosos como una corza, pegadizos y elementales, y de pronto a nuestro juglar empezaron a rodarle por las mejillas unos lagrimones como uvas, hasta las barbas rojas, donde desaparecían. No pestañeaba siquiera, sólo lloraba abundante y silencioso un llanto que no parecía tener fin, sin dejar de darle vueltas al manubrio, música y lloro, música y lloro. Creo que se nos hizo a todos un nudo en la garganta. Sabíamos que el corazón de aquel hombre apenas podía contener el hondo gozo de estar allí con sus santos de piedra, a la misma altura

que ellos, ser él mismo un hombre santo, parte del mismo viviente misterio del Pórtico. Cuando terminó, se secó las lágrimas con la manga del jersey sin volverse, para que no le viéramos, se sorbió los mocos, volvió a dar unas cabezadas delante de cada uno de nosotros, a modo de despedida, se colgó la zampoña a la espalda, bajó por el andamio y salió de nuestras vidas para siempre.

Si alguien nos hubiera asegurado que aquel personaje era de ficción lo habríamos creído. Si alguien nos hubiese dicho que no era más que el personaje de una de las fábulas o leyendas de Bécquer, también, o de una saga celta, recordada por Castroviejo o Cunqueiro, lo mismo.

En el eco de cada una de aquellas notas quedó flotando todo el sentimiento de la vieja ciudad de Compostela, sus soportales, la lluvia, el olor húmedo de la piedra, las calles vacías de la madrugada, las sombras de los clérigos y el cine espectral, vacío, destartelado en que yo había visto la víspera una película, solo, sin nadie más en el patio de butacas. Todo en una melodía que había venido a buscarnos desde unas tierras que hace siete siglos aún estaban en poder de los magiares.

Desde aquel día no hay peregrino que no me haga pensar en la historia misteriosa que cada uno lleva consigo, en la de aquel hombre, que nunca llegué a conocer.

De pies y cuerpos está hecho
el Camino. **Isabel Vázquez**,
guionista y autora de *Me llamo
Peggy Olson*, explora la parte más
carnal de una experiencia que para
muchos es religiosa o, como poco,
espiritual. Ampollas en los pies,
botellas de whisky y compresas
que garantizan reencarnaciones.
Si los personajes ven a Dios, es
por un mal viaje.

La manceba

Isabel Vázquez

—La gente busca aventuras en el Camino de Santiago. Preguntan a Dios y por Dios en una larga plegaria, meditan sobre el sentido de la vida, quieren redimirse de las putadas que han hecho, conocer gente, conocer sitios, anhelan una comunión con el entorno y con sus semejantes. Dicen que haciendo el Camino tomas conciencia de tu espíritu, pero en realidad, de lo que tomas conciencia es de tus pies.

Él se echó a reír y hundió la cara en la almohada. Se llamaba Pedro... ¿Pablo? No sé, ha pasado mucho tiempo, yo apenas tenía veinte años. Recuerdo los hoyuelos que se le formaban en las mejillas, que estudiaba teleco y que yo le hacía mucha gracia.

—¡Lo digo en serio! Un peregrino conoce al milímetro las dimensiones de sus juanetes, maldice aquellos tacones o aquellos mocasines que llevó durante años y que le causaron una dureza en ese preciso lugar donde se concentra su pisada, una dureza que ya jamás desaparece-

rá. No hay dolor como el dolor de pies y la mortificación es constante. Cada paso es un recordatorio de cómo te has equivocado en la vida.

—Nunca me había reído tanto hablando de pies. Empezamos a enrollarnos de nuevo.

Nos habíamos conocido horas antes en un coñazo de fiesta. Yo escarbaba la limitada discoteca del anfitrión cuando él se acercó al equipo de música. Sonaba «Destination Anywhere». Pedro, Pablo, como se llamara, también estaba harto de la banda sonora de los Commitments.

— ¿Encuentras algo?

Era alto, desgarrado y a primera vista tenía cara de pánfilo. Mentiría si dijera que fue un flechazo.

—Poca cosa. La mitad de los discos están bañados en ron con Coca-Cola.

—Es la tercera vez que suena esta canción y la peli tampoco era para tanto.

Un torrente de opiniones precipitadas por las ganas de impresionar y muchos Ballantine's después le tenía entre las piernas en una cama de ochenta en un piso compartido de la calle Alcalá. Por mi parte tuvieron más que ver los hoyuelos que el whisky; a él le ponía mi acento. La casa debía ser de un amigo suyo porque el catre le venía escaso y el peine le rozaba con el borde del somier. Ignoro cómo llegamos de Dublín al Monte del Gozo.

—Los peregrinos tienen pie de atleta, papilomas, eczemas, dermatitis por contacto y ampollas de dimensiones inconcebibles.

—Sabes mucho de pies. Y del Camino.

—Es que —cerré los ojos y anuncié con falsa beatitud— si estoy aquí es gracias al Apóstol.

Por alguna razón, esa broma no la pilló. Sentí cómo se estremecía bajo la sábana.

—Eres...

—¿Gallega? Creía que eso había quedado claro.

—Religiosa...

Era encantador. Tomarle el pelo un poco más y decirle que me había escapado de las Clarisas habría sido cruel. Su cabecita de ingeniero en ciernes admitía haberse encamado con una libertina, no así provocar el debut de una novicia. Solté una carcajada y le conté la verdad.

—Mi madre tiene una farmacia en un pueblo cerca de Santiago que está en la ruta del Camino Francés.

Respiró aliviado.

—Y recibís muchos peregrinos que necesitan...

Le chiflaban los detalles escatológicos.

—A los peregrinos se les huele a distancia y no es una forma de hablar. Para cuando llegan a la farmacia de mi madre llevan recorridos más de setecientos kilómetros con la misma ropa, las mismas botas, durmiendo en

sótanos de iglesias, en pajares, lavando las bragas y los calcetines en una fuente o un regato con la misma pastilla de jabón con la que se frotan por las mañanas. Necesitan de todo.

No le conté toda toda la verdad.

Quería ocultarle, por ejemplo, que a mi madre le había dado por beber dos años atrás, cuando cumplió cuarenta, en el 93, año jubilar compostelano, y ese fue el motivo real por el que yo empecé a despachar en la farmacia, para evitar que ella lo hiciera. Una cosa es reírse de los callos ajenos y otra muy distinta de la dipsomanía galopante de la persona que más te quiere. No estaba aún preparada para hacer coñas sobre eso. Mi madre se bajaba durante la comida dos o tres latas de cerveza cada día. Luego dormitaba en el orejón un rato y se iba directamente a trabajar. Por mucho colutorio de menta fuerte que usara, el tufo seguía ahí y ella estaba cada vez más dispersa.

—Te he pedido Nolotil, Gloria, no Secrepat.

Una boticaria borracha en un pueblo de siete mil habitantes admite poco disimulo, la gente empezó a hablar. Así que saqué el título de auxiliar de farmacia, suspendí COU y me pasé el año siguiente estudiando en la rebotica por las tardes. COU de letras puras, zanjando así cualquier duda sobre si continuaría con el negocio.

Eso sí se lo conté a Pablo.

—Quería salir pitando de allí.

—Pero si hay facultad en Santiago y tenías la farmacia ya puesta...

Práctico y sensato el ingeniero. Dejé escapar un silbido de aburrimiento.

—Eso me decían las señoras de mi pueblo, continuarás la senda de tu madre y de tu abuelo.

Pablo echó su cuerpo sobre el mío. La volvía a tener dura.

—¿Te recuerdo a las señoras de tu pueblo?

Otra de las virtudes de Pedro, de Pablo, era la facilidad que tenía para, después de follar, retomar una conversación en el punto justo donde la habíamos dejado.

—Entonces, tú querías romper la tradición familiar.

En efecto, esa era una de las razones por las que discutía a diario con mi madre los últimos meses que pasé en casa, discusiones que casi siempre acababan a gritos, tú y tus tonterías de dibujar, si aquí tienes de todo, no pensarás que vas a estar a la sopa boba en Madrid, ya es hora de que arrimes el hombro, que bastante me he esforzado yo toda la vida, si no quieres estudiar es tu problema, de mí no vas a ver un duro. Exenta de cubrir el turno vespertino, ella ya empalmaba sobremesa con merienda y abría una lata tras otra hasta caer redonda en la cama. Yo había aprobado el ingreso en Bellas Artes en Madrid para el curso siguiente,

pero necesitaba treinta mil pesetas para la matrícula, una pasta que mi madre no me iba a dar, y el plazo cumplía en una semana.

Entonces apareció ella.

—¿Esta es una historia del Camino? —Pablo encendió un cigarro.

—Y de pies.

Comparado con el xacobeo del año anterior, aquel verano el pueblo estaba desierto. El flujo de peregrinos entonces era todavía irregular, desordenado, apenas unos cientos de personas cruzaban triunfales el Pórtico de la Gloria cada temporada. Faltaba una semana todavía para que Tassotti le rompiera la nariz a Luis Enrique en el Mundial de Estados Unidos, Induráin había arrancado flojo el Tour y en el pueblo no se hablaba de otra cosa que no fuera ella, la actriz americana que había salido a pie de Roncesvalles y llevaba un mes esquivando periodistas y curiosos. Un pesado que había ido conmigo al instituto, Joaquín, que trabajaba de fotógrafo en Santiago y la había perseguido de albergue en albergue, me contó que en la recta final la competencia se había vuelto feroz. Había prensa por todas partes. Él le había colocado todas las fotos a una agencia nacional con la promesa de rematar el reportaje captando la exclusiva de la estrella de cine abrazada al Santo.

Era última hora de la tarde cuando entró en la farmacia desfondada, sudando, fingiendo compostura tras una carrera por las calles del pueblo para dar esquinazo a los pesados. Iba hecha un cuadro. Quería pasar desapercibida con un gorro enorme, absurdo, calado hasta las orejas, y un chubasquero lila que debía ser carísimo y lucía como un yonqui de los 80. Luego, las trazas inevitables del peregrino: la piel cuarteada y llena de manchas, las uñas negras rotas, las botas ajadas. Aunque ocultaba los ojos traviesos, el rasgo más distintivo de su fisonomía, tras unas gafas negras redondas de diva decadente, reconocí los mechones pelirrojos lacios pegados a la nuca y la curva de la boca que incluso sin sonreír desprendían una rara complicidad. Ella tenía entonces sesenta años y yo me había criado viendo sus películas. Como todos. Es una de esas estrellas de la que cada uno tiene un recuerdo favorito.

También Pablo:

—Lloro siempre con el final de *La fuerza del cariño*.

Agazapada detrás de un bebé de cartulina gigante que anunciaba leche de continuación, echó un vistazo a la calle a través del escaparate comprobando que estaba a salvo. Se acercó al mostrador cojeando.

—Hola. Eh... disculpe, yo *quiera aguha*...

Le contesté directamente en inglés:

—¿Aguja de sutura? —

Asintió agradecida.

—Y agua oxigenada, algodón y *tirhitas* —esto último lo dijo en español con erre de guiri, la lengua tensa en el hueco del paladar.

Recopilé el pedido junto a la caja. Ella seguía pendiente de la calle, ganando tiempo con aplomo, sin urgencia por sacar la cartera. Enderezó la postura, doliéndose del pie izquierdo.

—¿Ampollas? —pregunté.

—Debería estar ya acostumbrada —asintió ajustándose las gafas—, pero esta ha aparecido hoy a traición. He ido abandonando todo lo que tenía, ya no llevo ni mochila, y no tengo con qué aliviarme.

¿Cuántas veces en esta vida vas a tener la oportunidad hacerle un favor a un mito de Hollywood?, me dije.

—Es hora de cerrar, no creo que venga nadie más. ¿Quiere pasar a la rebotica a hacerse la cura?

Me miró a la cara por primera vez. Intuía, con razón, que no era una oferta disponible para todos los peregrinos y que yo estaba al tanto de su situación.

—Eres muy amable, gracias.

De cerca, los famosos son vulgares e inseguros. Asumimos que la familiaridad que sentimos hacia ellos por tantas horas de ficción compartida es recíproca y no y eso

nos descoloca. Ella se mostraba cortés y a la vez distante, serena, calculando cada frase de forma estratégica, como un mecanismo de defensa aprendido.

Muy erguida en una silla, con pose de bailarina profesional, se remangó y se quitó las gafas. Los chinchos habían disfrutado de lo lindo en sus antebrazos. Semanas de pernocta en alojamientos comunitarios también habían minado su pudor: separó el calcetín como el envoltorio de una madalena, descubriendo una extremidad primitiva, asilvestrada, casi una pezuña. Las heridas y las marcas se extendían por la planta y entre los dedos.

—Esta es Saint-Jean-Pied-de-Port, la primera nunca se olvida —bromeó—, esta es *Subiri*, aquí está *Burhgos*, *Castroheris*, *Ponfarara*, *Mansiia deles mulas*, *Astorgah*, y aquí... aquí tenemos a *Portomerhín*.

Portomarín cubría casi todo el talón.

—Darles nombre parece lo mínimo, han estado conmigo todo el camino.

Rompió el papel que cubría la aguja de sutura.

—Mi padre decía que el que viaja solo viaja más rápido: tenía razón.

Me guiñó un ojo y atravesó Portomarín de lado a lado con destreza. Yo observaba hipnotizada el hilo flotar en el líquido linfático y la ampolla drenando por orificios opuestos.

—La planta del pie y el alma son la misma cosa —
deletreó—, s-o-l-e, s-o-u-l, en inglés se escriben distinto,
pero suenan igual.

No creo que ella tuviera ganas de hablar. Sí deseaba mostrarse agradecida y la conversación brotó de forma natural hacia un lugar indeterminado en el espacio y el tiempo. Porque esta actriz superlativa era una chiflada de la reencarnación y la soledad y privaciones del peregrinaje habían acentuado sus delirios místicos. Al poco me estaba enumerando vidas pasadas y dando detalles sobre la revelación que había tenido sesteando bajo un árbol cerca de Foncebadón, a propósito de aquel político sueco que fue su amante durante muchos años y al que mataron a tiros en la calle un día que iba al cine.

Pablo se incorporó en la cama de golpe.

—Espera, espera, espera, ¿que Shirley MacLaine fue amante de Olof Palme?

—¿De quién?

—Olof Palme, el primer ministro sueco, le asesinaron en el 86.

—Yo en el 86 estaba haciendo la comunión.

—Qué fuerte...

—A ver si te lo vas a creer todo. También me contó que, antes de su primer encuentro en Nueva York, el político sueco y ella se habían conocido en el siglo IX, ojo,

siendo él Carlomagno y ella una esclava mora.

—¡Venga ya! —

—No tengo tanta imaginación como para inventarme algo así.

Los peregrinos llegan bastante tocados al final. Incapaz de ocultar mi escepticismo, balbuceé un oh, qué interesante, a sus confesiones metafísicas. Ella reprimió una mueca burlona, segura de albergar una verdad fundamental que pocas veces se entendía. Frunció los labios y enarcó las cejas, esa sorna tan suya, un gesto de confianza para consigo que venía a decir qué sabrá esta pueblerina de las evidencias trascendentales.

—Mañana al alba entraré en Santiago —dijo, y agradecí el cambio de tema—, voy a caminar sola toda la noche y tengo que ir cómoda.

Regó la ampolla ya vacía con agua oxigenada por última vez y la dejó secar al aire. Temía haberla ofendido y solo pensaba en congraciarme con ella antes de que se marchara.

—¡Ya sé lo que necesita!

Busqué en el armario de las cajas grandes y regresé con un paquete de compresas.

—Te lo agradezco —dijo cargada de ironía al verlo—, pero si hay algo que realmente no echo de menos en mi vida, es eso.

—No —me entró la risa—, algunos caminantes dicen que son mejor que cualquier plantilla. La celulosa es suave y mullida para las heridas abiertas y absorbe bien el sudor.

Asintió y sonrió con toda la cara, los ojos achinados hasta casi desaparecer.

—Qué buena idea. ¿Ves? Olvidamos las cosas que dejan de estar presentes en nuestro entorno y que son esenciales. Hay que esforzarse en recordar.

Sinceramente, no entendí el vínculo entre la compresión y la reencarnación, pero ella se la calzó encantada.

Era ya de noche del todo. Llegó hasta la salida andando sin molestia alguna y me dio las gracias. No se me ocurría nada más que decir.

—¿Por qué ha hecho usted el Camino?

—Para terminarlo —contestó.

Sacó unos billetes de la riñonera y los dejó sin contar encima del mostrador. Desde la puerta, se volvió para decir adiós.

—Ultreya —murmuré.

Ella hizo un gesto de victoria y se marchó.

Los detalles de la despedida nos tuvieron a Pablo y a mí, entre unas cosas y otras, entretenidos hasta el amanecer. No, nunca volví a verla (como tampoco volvería a verle a él después de esa noche); sí, el dinero que me

dejó cubría de sobra la punción, la asepsia y el dinero de mi matrícula. Estos guiris, qué poderío imperialista, van por el mundo quemando billete y haciéndose un lío con el cambio de moneda.

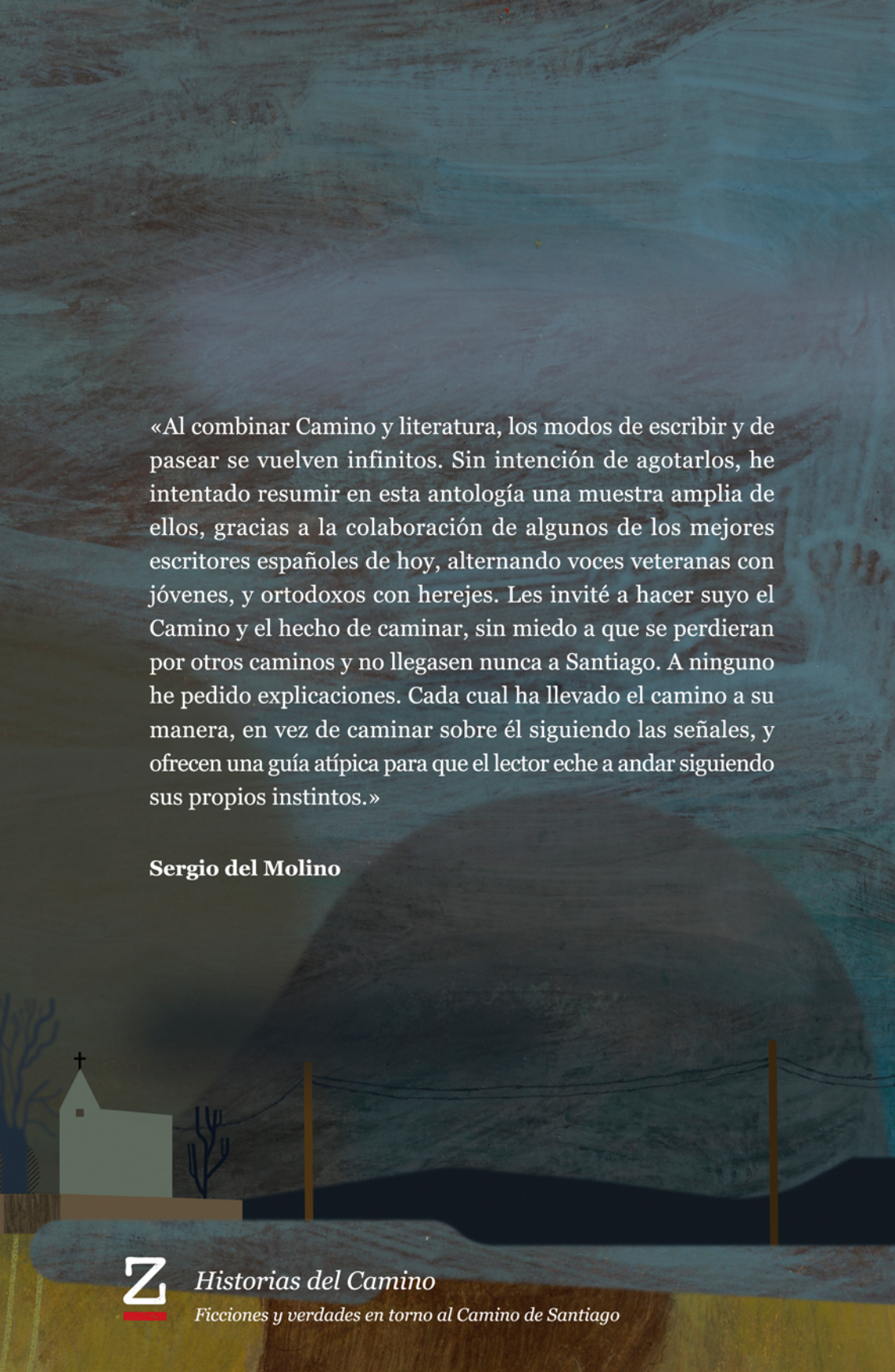
Esa fue la última mentira que le conté a Pablo.

El dinero sobre el mostrador era generoso, pero no tanto. Tenía poco margen, así que me puse en marcha enseguida. No me costó localizar a Joaquín, seguía fumando petas en la misma tapia de todos los sábados con los colegas de siempre. Él imaginaba que la actriz estaría dormida, descansando después de la persecución de la tarde, cogiendo fuerzas para el último trecho, y había dado el día por amortizado. Antes de soltar la información negocié en efectivo y en el momento lo que me faltaba para las treinta mil pesetas. No, no me arrepiento de habérselo contado: también yo debía soltar lastre y alcanzar el destino. Además, Joaquín llegó antes que el resto de periodistas, pero no consiguió la imagen del abrazo al Santo: no se pueden hacer fotos dentro del templo sin permiso, eso lo sabe todo el mundo. Todo el mundo menos el fumado de Joaquín.

Pablo me invitó a desayunar en un bar que olía a Ducados y a cerveza vieja donde la radio y la tragaperras estaban encendidas desde primera hora. Nos sentamos en un rincón, en sillas de formica que al arrastrar las patas

hacían un ruido del demonio. Me apetecía volver a quedar con él y garabateé el número de teléfono de mi casa en una servilleta junto al logo de Café Delta. No sé si por la resaca, la falta de sueño o que él de pronto cayó en la cuenta de que tenía novia, a la luz del día todo era distinto. No violento ni incómodo, pero era obvio que había prisa. Me acompañó al metro a buen paso, nos dimos un último beso, rápido y furtivo, y yo bajé saltando de dos en dos los escalones de la estación de Manuel Becerra.

*Edición no venal de Zenda, zendalibros.com,
patrocinada por Iberdrola*



«Al combinar Camino y literatura, los modos de escribir y de pasear se vuelven infinitos. Sin intención de agotarlos, he intentado resumir en esta antología una muestra amplia de ellos, gracias a la colaboración de algunos de los mejores escritores españoles de hoy, alternando voces veteranas con jóvenes, y ortodoxos con herejes. Les invité a hacer suyo el Camino y el hecho de caminar, sin miedo a que se perdieran por otros caminos y no llegasen nunca a Santiago. A ninguno he pedido explicaciones. Cada cual ha llevado el camino a su manera, en vez de caminar sobre él siguiendo las señales, y ofrecen una guía atípica para que el lector eche a andar siguiendo sus propios instintos.»

Sergio del Molino



Historias del Camino

Ficciones y verdades en torno al Camino de Santiago